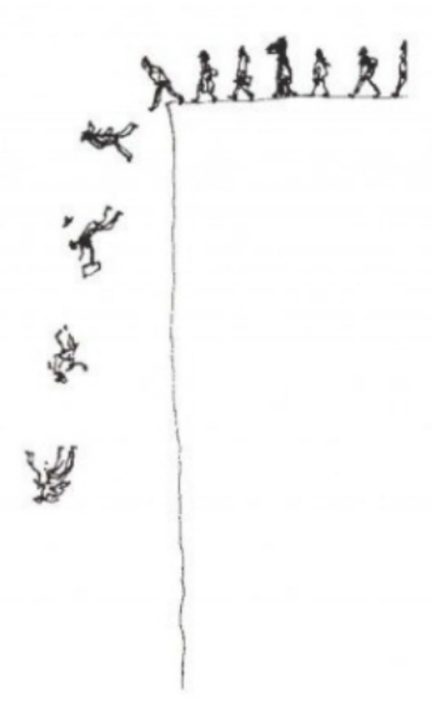
Fin de poema

JUAN TALLÓN

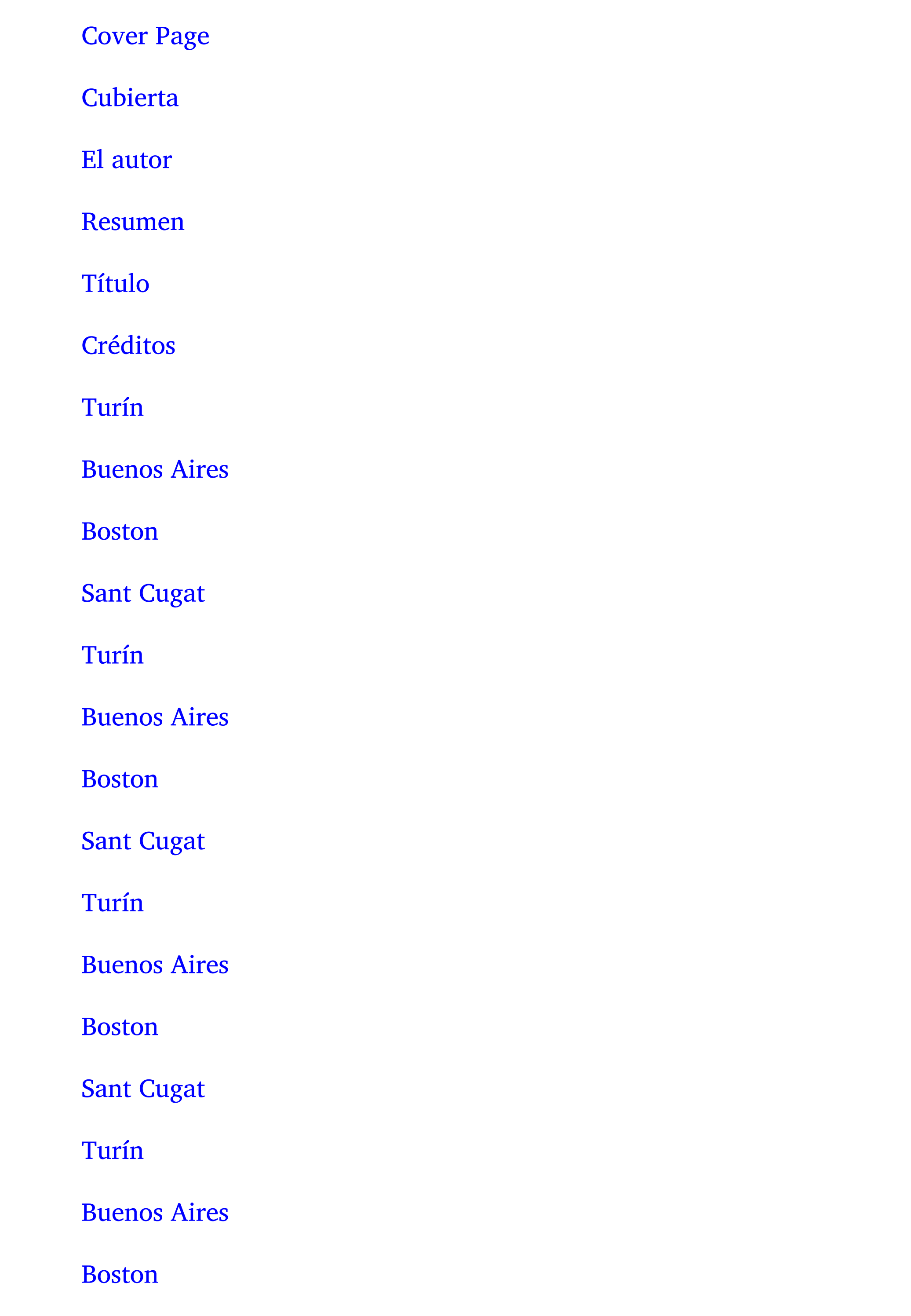




«Un día te llega el rumor de que hay una joven promesa, Juan Tallón, capaz de regatear a media docena de rivales.»

SERGI PÀMIES

Table of Contents



Sant Cugat

Turín

Buenos Aires

Boston

Sant Cugat



Juan Tallón (Vilardevós, 1975) es escritor y periodista. Colabora en El País, El Progresoy Jot Down, así como en el programa A vivir que son dos días (Cadena SER). Traductor de César Aira al gallego, ha publicado con anterioridad A pregunta perfecta(2010), El váter de Onetti (2013), Manual de fútbol (2014) y Libros peligrosos (2014).

Una jornada en apariencia normal y corriente encierra las últimas horas con vida decuatro poetas: Cesare Pavese, Alejandra Pizarnik, Anne Sexton y Gabriel Ferrater. Fin de poema registra, como una caja negra, los sutiles instantes que preceden a su muerte. Poco a poco, la pérdida de la palabra y el silencio lo van llenando todo, y cada poeta se desmorona a su manera. A partir de las situaciones personales, literarias, políticas e históricas de los cuatro protagonistas, esta novela abre las puertas de su mundo interior, su vida y su muerte, y el fuerte carácter de cada uno de ellos nos adentra en las profundidades de su genio y su desdicha, con alternancia, a lo largo del libro. Y esa combinación desentraña sus miedos, infiernos, adicciones y paranoias, hasta descender, de modo exquisito, alabismo, donde se descubre que la vida es la nada. Lejos de ser una narración sobre la muerte o el suicidio, cuestión que el autor incluso elude, Fin de poema recrea el poderoso incendio de cada poeta, al final del cual espera el porvenir vacío. Para entonces, ya no quedan poemas que escribir y solo seescuchan, en forma de promesa cumplida, «rumor de pasos y batir de alas».

FIN DE POEMA

Juan Tallón

Título de la edición original en gallego:

Fin de poema

Primera edición: octubre de 2015

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a

08034 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

Autor representado por Agencia Literaria Letras Propias.

ISBN digital: 978-84-16328-27-7

Código IBIC: FA

Producción del ebook: booqlab.com

A mi amigo Michel Lafon

«Sentí un funeral en mi cerebro»

EMILY DICKINSON

Turín

Cesare mira sin metafísica desde la ventana cómo se derrite la ciudad. Se derrite lentamente, igual que el sol de la infancia. Pasados unos segundos, que gasta en la prolongación de sus silencios, recorre descalzo el pasillo hasta la cocina, donde María enjuaga la ropa en el lavadero. Lleva un vestido de flores y el pelo suelto. Canta algo que él no identifica, oxidado y triste.

«Buenos días, Cesare. ¿Café?», pregunta su hermana.

Él mantiene el silencio, pensativo, como si el café condujese a la filosofía. Cuando despierta del ensimismamiento pide, por favor, una taza de café pero con «dos gotas de leche templada». A estas horas ya nota el aliento pegajoso de agosto. Nada más aparecer, el sol deja caer el calor a calderos.

«¿Cómo has descansado?», pregunta María, que deja el café y una rebanada de pan con aceite sobre la mesa. A Cesare le llama la atención que esta mañana ella lleve la melena suelta en lugar de recogida, como es habitual cuando está en casa. En la otra esquina de la casa oye gritar a su sobrino mayor. No entiende lo que dice. Tampoco distingue la respuesta del otro sobrino.

«Creo que bien», afirma distraído Cesare, masticando la mentira como si fuese de plástico. No le importa saberlo a ciencia cierta. Son detalles y, como detalles, forman parte de lo sutil y lo ínfimo en lo que tanta pereza le da reparar. Cómo está de cansado, en general, puede imaginarlo cualquiera que lo conozca, y por tanto María mejor que nadie. Se queda mirando más allá de la ventana, hacia el edificio de enfrente, donde la señora Martinella tiende unos pantalones en el balcón. También canta. Parece que la felicidad flote en el aire, con sus promesas de infelicidad. A Cesare le gusta el silencio de las mañanas, incluso los sonidos que rodean el silencio, como el de las canciones o el del café al inundar la taza, o el de la taza al posarse en la mesa, o el de la cuerda al correr el tendedero, o el de la garganta al abrir paso al café, o el de una pinza de la ropa al caer a la calle. La música de los objetos en la maniobra de hacer vida normal e invisible le provoca

cierta relajación. Pero conviene tener cuidado con el silencio: es un vicio. Si por cualquier motivo se acumula demasiado, acaba apoderándose de uno y ya nunca más es posible interrumpirlo. Urde un muro que ningún discurso franquea. A veces, cuando ha querido romperlo para atajar una mentira, o una estupidez, ha sido incapaz. El silencio tiende a la dureza.

«La editorial ha enviado a Julio con la correspondencia», dice María, secándose las manos con el bajo del vestido.

Cesare asiente, aunque no añade nada. Está todo bien así, en silencio y quieto. Callar es nuestra virtud. / Algún antepasado nuestro debió de encontrarse muy solo / —un gran hombre entre idiotas o un pobre insensato— / para enseñar a los suyos tanto silencio.

Esta noche, en el vendaval del insomnio, se le ha ocurrido que tal vez podría pasar algunos días en Santo Stefano Belbo. Le iría bien permanecer allí una semana. No sabe. Quizás no le vaya tan bien como cree. La desesperación de estos días a lo mejor encuentra sosiego en las vistas de las colinas de las mujeres perdidas. Ya no piensa que mientras haya nubes sobre Turín / será bella la vida. La vida pierde su belleza con el fin de la inocencia. Se convence de que allí aprovecharía la tranquilidad para trabajar más los últimos poemas —pero probablemente sea un engaño urdido por él mismo—, porque también se ha convencido de que tal vez vuelva a escribir. Todo esto da asco. No palabras. Un gesto. No escribiré más. Cesare creía esos poemas concluidos, pero el final, a menudo, no es más que un tramo laberíntico del principio. Siempre estamos empezando. Uno no puede estar nunca conforme con sus textos. Nada es nunca lo suficientemente bueno. La insatisfacción es la única felicidad que le queda al poeta. Y la mayor desgracia. El texto siempre puede ser mejor. Cómo considerar un adjetivo definitivo, insustituible, sin echarse a temblar de frío. Natalia e Italo insisten en que están acabados, en que no se toquen, ni siquiera se miren, pero Cesare sabe que dicen eso porque ignoran qué tiene en su cabeza, y cómo la presencia insistente de Connie, o de sus cenizas, o sombras, lo obliga a perseverar en una mayor perfección; quiere que ella esté en el poema completamente, que cada verso la abarque y detalle su presencia como si fuese una imagen de mármol.

«¿Qué vas a hacer hoy?» María le toca un hombro y lo expulsa del

ensimismamiento. Duda. Sorbe el café. «Estaba pensando en irme una semana a Santo Stefano. ¿Qué te parece?» «Te vendrá bien. Vete.» «¿Tú crees?» Sorbe de nuevo el café. Inclina la taza. Apura lo poco que queda. Mira en el abismo del recipiente, buscando una fecha, o tal vez solo una hora. «¿Por qué no? Estos días hay pocas cosas que hacer aquí. Te sentarán bien otros aires. Tal vez ahuyentes de la cabeza algunas preocupaciones.»

Cesare sabe que ella sabe que él convive con tempestades atroces que lo devoran en silencio, por eso evita mencionarlas. Hablar no sirve de nada; está todo dicho. A veces se hace una idea aproximada de lo sola que debe de sentirse María con alguien cuya presencia resulta difusa, fantasmal y harinosa. En esa medida, Cesare es consciente de que representa una carga, aunque María nunca haya dado muestra, siquiera con un gesto, o un silencio, de que puede ser así. Pero igualmente resulta evidente, de ese tipo de evidencias contrarias a la certidumbre. Sobre todo, Cesare es una carga para él. Se pesa. Cuando se cae, o se precipita hacia dentro, le cuesta semanas levantarse.

Entre las cartas que ha traído Julio se encuentra, digna de destacar, una de Natalia Ginzburg, remitida desde Roma, donde pasa sus vacaciones con Elsa Morante. Cesare rasga el sobre. Extrae las dos hojas y lee:

Querido Cesare. Me he acostumbrado con tanta naturalidad a que no respondas a mis cartas que creo saber en qué momento tu silencio me está pidiendo que te escriba. Estos días de descanso paso largas horas con Elsa en su casa de Via dell’Oca 27, donde tiene algunas habitaciones encima del piso que comparte con Alberto. Por las tardes voy a buscarla a Via Archimede 161, que es donde tiene su estudio. Elsa piensa en Via dell’Oca por las mañanas y escribe en Archimede por las tardes, rodeada de sus gatos siameses y persas y de sus discos de Mozart, Verdi y Pergolesi.

Hemos llegado, finalmente, a un acuerdo para que Menzogna e sortilegio se traduzca al inglés y se publique el año próximo en Estados Unidos. Con este motivo, o más bien este pretexto, he vuelto a leer la novela. Despierta en mí tanta pasión la capacidad de Elsa para

ser poseída con fatalidad por su escritura y provocar su metamorfosis… ¿Recuerdas, mi querido Cesare, cuando llegó a Einaudi el manuscrito? Había correcciones a mano, con tinta roja, un caos. Recuerdo con estupor que leí los títulos de los capítulos y me pareció una obra de otra época, pero la leí de una sentada y me maravilló, aunque solo pude intuir una parte de su grandeza. Las siguientes lecturas han ido revelándomela. La buena de Elsa, que te envía saludos que yo no soy partidaria de hacerte llegar, dado que no te los mereces, pergeña una nueva obra, para la que faltan todavía años de trabajo, que según me ha confesado será «la última novela posible, la última novela de la Tierra». Francamente, espero que fracase.

Moravia, por su parte, ha tenido este domingo otro de esos episodios coléricos tan graciosos y ridículos al mismo tiempo. Aunque nunca, como hasta esta mañana, lo he visto llegar tan lejos por tan poca cosa. Nos hallábamos los tres leyendo en uno de los salones de la casa cuando, sin venir a cuento, se ha levantado de su butaca, se ha apoderado de él una violencia muda y ha destrozado el periódico en mil pedazos, poseído por los demonios. Le rechinaban los dientes mientras propinaba inexplicables patadas a los muebles. Cuando ha conseguido calmarse, después de que Elsa le trajese un vaso de agua y una pastilla, hemos sabido que todo se debía a la exasperación que le causaron las campanadas de una iglesia cercana.

Si todo marcha según lo previsto y no ocurre nada fuera del programa, la semana próxima regreso a Turín, donde espero continuar el relato de mis vacaciones. Hasta entonces, te envío un fuerte beso.

Natalia G.

Dobla las hojas, las devuelve al interior del sobre, en una especie de escenificación de la muerte, y, junto al resto de cartas, que no se molesta en mirar, las va rompiendo en dos, en cuatro, en ocho trozos, y dejando caer los restos sobre la mesa, como en un día de nieve.

Durante varios minutos permanece inmóvil, indeciso, desprovisto de un plan que seguir durante los próximos minutos de su vida, mirando por la ventana y escuchando cantar a su hermana. Esta paz que se construye con el silencio de Cesare y la melodía indescifrable

de María se viene abajo cuando llaman a la puerta a puñetazo limpio, como un disparo en un callejón sin salida. El poeta se levanta, camina hasta la puerta con aire decidido, como en pos de un objetivo crucial, y, temiendo qué va a encontrarse, abre con resignación. Y cae abatido. Es Luca Chitarri. Su presencia se le hace extraña, pues hace al menos tres meses que no lo ve.

Cesare recibe un abrazo enérgico —quizás demasiado enérgico para alguien de su estructura enfermiza— al que no puede corresponder por la sorpresa. Luca habla en un tono elevado, operístico, tal vez a propósito, para que lo oigan en la Scala de Milán. Parece soliviantado, aunque la palabra correcta sería iracundo, fuera de sí. «¡Este país se ha vuelto loco!», exclama. «Es un escándalo, camarada Cesare», añade. «¿El qué es un escándalo, Luca?», pregunta el poeta, desprovisto de curiosidad, incluso de suelo. «Circula el rumor de que el mariscal Graziani saldrá en las próximas horas de prisión. Si eso es cierto, solo habrán transcurrido dos meses entre que lo condenaron a una pena de diecinueve años y lo dejan en libertad.» «Pero ¿cómo es que podrían dejarlo en libertad?», pregunta Cesare, ahora algo más intrigado. «Dicen que podrían amnistiarlo por problemas de salud.»

María le ofrece una tila a Luca, para tranquilizarse y mantener la boca ocupada, y Cesare le aconseja que haga caso a su hermana. Si continúa así, le va a dar un síncope.

No quiere recordar la guerra ni a Graziani, pero la mención de Luca Chitarri al mariscal vuelve imposible ambas cosas. Han pasado cinco años, acaso poco tiempo para que cicatricen las heridas que le dejó la contienda. Pese a todo, consigue resistirse a cualquier evocación de aquel drama. No le gusta recordar; le hace sufrir y no quiere. Ya sufre bastante. Apenas es vencido por una historia ingenua pero aterradora que ha oído relatar numerosas veces a Italo Calvino. Sucedió el 11 de junio de 1940, un día después de que Mussolini arrastrase al país a la guerra. Esa jornada se produjo la primera alarma aérea en San Remo. Sobrevoló la ciudad un aparato francés, aunque no dejó caer ninguna bomba. Por la noche, volvieron a sonar las alarmas y en ese momento sí se oyó una explosión. No hubo víctimas, salvo un niño de la ciudad vieja que, en la oscuridad en la que la central eléctrica había sumido a la ciudad, se precipitó sobre una olla de agua hirviendo y murió. Muchas veces, ese rostro joven,

que Cesare nunca conoció, se le presenta en la soledad, y cada vez más resume sus recuerdos de la guerra, que por otra parte ha tratado de enterrar vivos.

Luca está más sereno. El poeta le hace ver que tal vez el rumor no vaya más allá, y que, caso de ir, quizás exista margen para que la gente del partido plantee algún recurso ante la Justicia. No quiere parecer indiferente, pero le cuesta disimular que realmente esta mañana, ayer, en el futuro, todo le resulta ajeno. Eso incluye al mariscal Graziani. Se cuida, sin embargo, de hacérselo saber a Luca, a quien invita a ir en busca de nuevas noticias. Cuando sale y cierra la puerta, el silencio ocupa su lugar.

Buenos Aires

«Ayer recordé —le cuenta a Olga, a la que recibe en su casa— el nombre de un amigo de papá. Se llamaba Campuzano y era boxeador.» Los recuerdos de Alejandra son trozos de un cristal roto que meses después de que el vidrio se rompa aparecen en cualquier esquina. «No puedo explicarlo. ¿Por qué tengo que recordar a ese señor si yo no lo conocí? La memoria es caprichosa», añade confusa mientras sujeta el mate para que lo coja su amiga, que asiente mecánicamente. De hecho, de su propio padre, de quien podía guardar mil imágenes, ha preservado una aparentemente anodina, aunque sirve para escribir una biografía de quinientas páginas: la lentitud con la que encendía los cigarros, aquel gesto pausado que no acababa nunca de ocurrir, mientras flotaba en el aire. Siempre le llamó la atención el tiempo que empleaba en encender un fósforo y prender el tabaco. Podía tardar minutos. Tiene la sensación de que, con algún pitillo en concreto, empleó meses. Imposible mayor parsimonia. Curiosamente, la lentitud con la que ejecutaba el ritual del encendido contrastaba con la celeridad que imprimía al resto de acciones. Iba corriendo a los sitios, acababa de comer cuando los demás todavía estaban a la mitad, cruzaba la calle sin mirar porque no soportaba esperar en las aceras… Y sin embargo, no existía persona más lenta a la hora de encender un cigarro. «Lo colocaba con solemnidad entre los labios y entonces empezaba a buscar la caja de cerillas, por supuesto, lentamente. Primero se palpaba el bolsillo izquierdo de la chaqueta, el interior, luego el derecho, buscaba en los bolsillos de los pantalones, acudía al abrigo, por si se le hubiese quedado ahí. A continuación preguntaba si alguien había visto sus cerillas. Nadie las había visto nunca. Cuando volvía a tentar los bolsillos de la chaqueta, hallaba las dichosas cerillas. Olga —dice regresando momentáneamente al presente—, creo que solo hubiese querido ser hombre para tener muchos bolsillos. Tras dar por fin con los fósforos, extraía uno, maniobra que coincidía siempre con el comienzo de una larga parrafada, así que se quitaba el cigarro de la boca y lo tomaba entre dos dedos. Minutos después, lo llevaba otra vez a los labios y encendía la cerilla, que se consumía sin prender la punta del pitillo porque estaba hablando de nuevo. Total, la cerilla se consumía y debía encender una segunda, que solo cuando estaba a punto de agotarse

aproximaba al pitillo. Y a fumar», dice Alejandra con la sensación de que ha tardado un año en relatar algo de lo que no quería hablar.

Ella deseaba contarle a Olga algo de César Campuzano. «No sé por qué me acordé de él, ni comprendo por qué me habló mi papá de aquel señor. Quizás no me habló nunca, y simplemente se refirió a él ante otra persona, y yo estaba allí. En todo caso, a mí no me gustaba el boxeo. Odiaba el boxeo, y pese a todo recuerdo aquella historia de boxeadores, no he podido olvidarla.»

La historia de Campuzano era la de un emigrante originario de Galicia, llegado con su familia a Buenos Aires en 1917. Entonces, César tenía once años y se sintió atraído por la práctica del rugby, aunque esa afición se transformaría en un interés desmedido por el boxeo en 1921.

Aquel año se celebró el mítico combate que enfrentó a Georges Parmentier con Jack Dempsey, y, entre otros efectos, la pelea plantó en Campuzano el sueño de convertirse en un púgil. Se integró en el Club Barracas, zona en la que vivía el padre de Alejandra durante la década de los veinte. Ahí se conocieron. En su etapa de aficionado, desde la categoría de los pesos medios, César participó en sesenta combates. Ninguno digno de significar, salvo el que lo enfrentó al campeón panamericano, el uruguayo Luis Gómez. Perdió claramente. Harto de acumular medallas que no le servían sino para decorar paredes, regresó a España, donde no cejó hasta participar en los Juegos Olímpicos de Ámsterdam. Cayó en el primer combate, pero al regreso a su país dio el salto al profesionalismo. «¿No te parece ridículo que guarde estos conocimientos en mi cabeza?»

Olga Orozco se encoge de hombros y recorre la habitación con la mirada. Qué le importa a ella el boxeo. Se detiene en la frase de Artaud que preside el escritorio: «Había que tener antes que nada ganas de vivir». La de Campuzano le parece una hermosa historia, aunque incongruente con los gustos de Alejandra, en efecto. Pero no añade nada al respecto y opta por cambiar de tema.

«¿Estás escribiendo algo últimamente?», pregunta con la vista en la pizarra de la pared. La famosa pizarra de Alejandra. La poeta maneja la teoría de que conviene tener cuidado con los objetos que introduces en tu vida porque pueden llegar a funcionar como polo magnético,

atraen la atención, se vuelven jefes sin consultarle a una, y, antes o después, todo lo importante pasa por sus manos. Alejandra trabajaba en la pizarra sus poemas con la mecánica de un escultor. Necesitaba, en la primera fase del poema, aquel formato enorme sobre el que escribía frases y más frases, océanos de verbos y sustantivos, que luego desmontaba lentamente, hasta alcanzar la desnudez total del verso, la sequía. En ese momento, el núcleo que sobrevivía a la destrucción se copiaba, transparente y sutil, a cuadernos. Su mecánica estaba profundamente influida por el psicoanálisis, lo que la llevaba a reducir el poema al máximo, hasta alcanzar lo mínimo. A menudo recitaba el verso de Michaux que definía el procedimiento literario: «El hombre, su ser esencial, solo es un punto». Fue Cortázar, en una noche de París, el que mejor desentrañó sus versos.

«Esta poesía —le dijo en un café de Saint-Germain, con Rosa Chacel de testigo, ante un papelito con una de sus creaciones— es como cuando tocas el fondo, la raíz, me hace pensar en el dentista que con su aparatito acaricia el nervio más íntimo y entonces provoca un dolor total.»

La pregunta de Olga le hace sentirse estudiada; Alejandra dirige la vista también hacia la pizarra, donde resisten restos de tiza, que tal vez habían sobrevivido como polvo de algún poema pasado. Hasta los poemas más íntimos están compuestos de materia. «Al contrario. Últimamente no hago más que destruir viejos poemas. El psiquiátrico se ha vuelto un lugar tan silencioso, tan castrado, que ese vacío solo da ganas de arrojarse a él y caer para siempre en la nada.»

«Imagino que en un lugar así —añade Olga— es más fácil dejarse llevar y callar, también literariamente, que oponer resistencia a la corriente.»

En el hospital, Alejandra convive con los últimos desechos. «Mi mejor amiga es una sirvienta de dieciocho años que mató a su hijo. Un día apareció sentada en las vías del tren, como un fantasma, cubierta de sangre. Es una mujer entrañable, pero aquel día hizo algo horrible. Enloqueció durante unos segundos, nada más que unos segundos, y cuando regresó a la cordura, ya tenía las manos ensangrentadas.»

Olga no sabe si llorar o reír, así que pregunta si en el psiquiátrico son todos como su amiga, unos asesinos. «No, pero al menos ella

habla. Hay un matrimonio de viejos que no ha matado a nadie, pero lleva cincuenta años callado. ¿Te haces una idea de qué es eso? Una mañana adivinaron que se lo habían dicho todo y no volvieron a cruzar una palabra entre ellos. No habiendo nada verdaderamente nuevo que decirse, el lenguaje oral devino más que en una forma de comunicar, en una losa ordenada en fonemas, prescindible y fútil. Se querían, pero en adelante lo hicieron sin la carga de la semántica y las estructuras gramaticales. Eso sí que es terrorífico», asegura.

La tarde entra a pasos pequeños en la vivienda de Alejandra, que se abandona en compañía de Olga a la lectura en voz alta de algunos cuadernos de sus diarios. Su amiga cree que debe publicarlos. «Hacer una selección, omitir aquellas partes que consideres demasiado íntimas.» Alejandra no rechaza la idea, pero tampoco la abraza, como si la saludase con un frío «¿qué hay?». En algún momento pasado ya se propuso compilar aquellas partes, o huesos, que le permitiesen conformar «un diario de escritora» a partir del que reconstruir el proceso creativo de su obra poética. «Pero cada vez que he tenido ese propósito no he sido lo bastante firme y he acabado abandonándolo», reconoce con cierto escepticismo, que sabe a enfermedad casi incurable. «Estos cuadernos —añade mirando a Olga a los ojos, profundamente, como el que va a confesar que mató a su muñeca de serrín arrancándole la cabeza— fueron la búsqueda de una prosa para algún día escribir una novela que nunca llegó.»

Se levanta de la cama en la que se había abandonado. Olga la sigue con la mirada, y se mantiene en silencio, para que no tropiece. El apartamento es minúsculo y la estancia en la que la poeta recibe a sus amigos es la misma en la que, como si fuese un confortable nicho, escribe y duerme. Ser poeta es ocupar los espacios con los ojos cerrados. La casa apenas alberga muebles: la cama, el escritorio, los libros y la pizarra donde investiga los poemas. Olga advierte enseguida que Alejandra busca algo. Primero remueve las cosas con desafección, pero en la medida en que no encuentra lo que busca, cada vez con más desesperación y ceguera. Busca a oscuras. «¿Es posible que alguien se lo haya llevado sin mi permiso?» «¿Qué buscas, exactamente?», pregunta casi aterrada Olga. «El libro», responde con el artículo en cursiva Alejandra mientras mueve volúmenes de un lado a otro del escritorio, cada vez más angustiada. Parece como si después de no encontrar el libro buscase el oxígeno. «Uf. Acá está», dice aliviada. Se sienta en la cama, muy cerca de Olga. «Esto es lo que

quisiera que fuese mi diario, pero es imposible. Esto solo puede hacerlo él.» Alejandra se refiere a Kafka. Entre sus manos tiene los Diarios, un ejemplar del año 1953 traducido por Juan Rodolfo Wilcock, reiteradamente manoseado, leído, sobrescrito, consultado de nuevo, una vez y otra vez, toda una vida, del que algunas hojas se sostienen pegadas al volumen por grapas. Lo agarra como a un corazón arrancado, que quema. Olga se lo arrebata con dulzura y abre por una página al azar. Lee el subrayado de Alejandra: «Hay algún malentendido, y ese malentendido será nuestra ruina».

Boston

Anne bajó la ventanilla del Cougar, y con todas las manos ocupadas, en el cigarro, el volante, la palanca de cambios, la manija de la ventanilla, como si tuviese seis manos, exclamó: «Nos vemos en el infierno, amor mío». Maxine, desde la acera, con un vaso de vodka todavía en la mano, sonrió con cierto grado de acuerdo, asumiendo que, en el fondo, no había sitio mejor que el infierno para dos mujeres como ellas. Eufórica, Anne arrancó con sus tres vodkas pisando el acelerador. Por delante tenía cuarenta millas hasta su casa, en Weston. Pronto anochecería, y la oscuridad prometía ser hostil y perfecta.

Parecía un viaje normal, un trayecto cualquiera, una tarde común y tranquila, con música en la radio, pocos coches en la carretera, y en realidad lo fue, pero de pronto el ánimo de Anne comenzó a cubrirse, siguiendo el movimiento de esos inviernos que llegan antes de tiempo y lo devastan todo a su paso. El día adquirió, por minutos, otro gesto y otra postura, durante los que se recompuso en su cabeza un viejo poema que no salía a su encuentro salvo en momentos complejos, igual que en los días de perros. La muerte correcta está escrita. / Colmaré la necesidad. / Mi arco está tenso. / Mi arco está listo. Soy la bala y el garfio. / Estoy amartillada y dispuesta. / En mis visiones le tallo / como un escultor. Moldeo / su última mirada hacia todos. La poeta cayó en el verso gravemente, de la misma manera que se precipita un niño en un pozo lleno de agua, indefensa, mientras juega y se cree feliz. El poema la rondaba, simplemente, y la encontró en plena I-94. Pasados esos minutos críticos en los que el invierno le hizo frente, el viaje en el Cougar retornó a la normalidad.

Su paso por el centro de Foxborough, a mitad de camino, la despertó definitivamente. Se detuvo a comprar cigarrillos y a beber. Dejó el coche en una zona de carga y descarga. Al fin y al cabo, ella iba a cargarse un poco más. Esa parada trastocó su destino vagamente. Si no se hubiese detenido y malgastado quince minutos fumando y bebiendo, no habría pasado lo que ocurrió al reanudar la marcha, cuando al hacer un stop, a la salida de la localidad, lo vio cruzar por el paso de peatones. Se trataba de un hombre de unos setenta años cuya cara, como derretida por una plancha, no podía resultarle más

familiar. No fue hasta que no arrancó de nuevo cuando se dio cuenta: «¡Adam Jordan!». Golpeó el volante con la mano abierta, ante la sorpresa. No podía creerlo. Era él. Quién si no. Su historia era una de las más tristes que había conocido en toda su vida. Y conocía muchas, comenzando por la suya. Cuando detuvo el coche y bajó, Anne ya solo pudo distinguir la oscuridad decadente y fría de Foxborough.

Había coincidido con Jordan la primera vez que la internaron en el hospital Westwood Lodge, después de que Kayo encontrase a Anne en el porche de casa envuelta en varios botes de pastillas, que imitaban a cuerdas, y una fotografía de su tía Nana en el regazo. La estancia de Adam Jordan en el psiquiátrico estuvo precedida de una larga temporada en la cárcel, tan larga como diez años, condenado injustamente por el asesinato de sus padres. Cuando pudo demostrar su inocencia, además de ser algo tarde, Adam ya se había vuelto loco. Inofensivo, pero loco. Su tragedia comenzó un día en el que, tras varias horas inconsciente, absolutamente ebrio, volvió en sí y advirtió que estaba en un calabozo. Era el principal sospechoso de la muerte de sus progenitores, acribillados a cuchilladas. Él no recordaba nada, salvo que no podía haber sido el autor. Era incapaz de reconstruir las veinticuatro horas anteriores a su presencia en la comisaría. No daba crédito a su situación, así que cuando advirtió que su camisa estaba teñida de sangre, comenzó a valorar la posibilidad de que hubiera cometido realmente los dos asesinatos. Si todo apuntaba a que era culpable, tal vez lo fuese. Puesto que no recordaba nada, no consiguió justificar de manera convincente que no tenía nada que ver con los crímenes. En todo momento mantuvo que era inocente, pero por la única razón de que no recordaba ser culpable. Los indicios, sin embargo, estaban en su contra. Alguien había robado su memoria en el momento que había perdido la consciencia.

Una persona —pensó Anne con la cabeza apoyada en la palma de la mano, y el brazo anclado en la puerta del automóvil— no es nada sin imágenes, recuerdos, sonidos, ideas. Tal vez fuese culpable. Compareció ante el juez, testificó sin fe en lo que decía, ingresó preventivamente en prisión. Llegó el día del juicio y fue condenado a cadena perpetua por un jurado popular. Cuando había completado un tercio de la condena, una noche despertó desasosegado, entre sudores, con el recuerdo de aquel día de hacía diez años reconstruido. Podía ver la cara del verdadero asesino, evocar su nombre y probar su inocencia. Pero ya había enloquecido. En los tiempos del psiquiátrico,

Anne recordaba que la cabeza de Adam Jordan era como una finca abandonada, un terreno en el desierto, un grifo sin agua. No hablaba con nadie, aunque caía simpático. Seguía sin creerlo. ¿Habría visto bien? ¿No se equivocaba de persona? No. Estaba segura de que era él, y a la vez de que era un fantasma.

Aquellos primeros años en el Westwood Lodge, del que Anne entraba y salía periódicamente, la llevaron a pensar de nuevo, a pocos kilómetros ya de casa, en el padre Nicholas, al que había visto por última vez en uno de los largos permisos que concedían en el sanatorio. En aquella ocasión fue testigo de un espeluznante descubrimiento, cuando se desplazaba con su exmarido de ciudad en ciudad. Estaba sola, en la habitación de un hotel a las afueras de Houston. Recién salida de la ducha, escuchó una voz suave y precisa que provenía de la habitación vecina. Los sonidos se trasladaban a través de la pared que separaba las habitaciones con la limpieza con que se pasa un objeto pequeño de la mano derecha a la mano izquierda, como si por el medio no hubiese ladrillos, masa, pintura. Tal vez porque ese día estaba cansada, o malhumorada, Anne no prestó atención a lo que decían. Todo lo contrario: prefería no escuchar. Estaba sentada en la cama y a punto de encender un cigarro cuando su corazón volcó de medio lado, como si en las entrañas también hubiese accidentes de tráfico. No supo por qué, pero ahora la fonética de aquella voz le resultó familiar, si no lo suficiente como para identificar a la persona que hablaba, sí lo bastante para sentir que al otro lado había alguien conocido. Se acercó a la pared y pegó su oreja con el mismo ánimo con el que un estetoscopio se pega al pecho de un paciente. Advirtió cómo la voz familiar amenazaba a su interlocutor con castigarlo si no hacía lo que le ordenaba. El aviso dejó paso a otro silencio, manchado solo por una respiración intensa que no identificó con un esfuerzo en concreto. No hubo más novedades hasta que Anne oyó que abrían y cerraban la puerta de la habitación. Cuando se asomó a la mirilla de su puerta, vio pasar a un niño de ocho o nueve años y al padre Nicholas.

Sant Cugat

Gabriel entró en la biblioteca con sus habituales gafas oscuras y se dirigió a la estantería en la que sabía que estaba el ejemplar de la edición italiana de El hombre sin atributos, la obra que siempre le había proporcionado eso que él llamaba placer de chimenea. La noche anterior había querido remitirse a un pasaje de la novela, durante una discusión con Francisco Rico, en El Mesón, y no había podido al no recordarlo con exactitud. La precisión era importante para Gabriel, que ya era un hombre mellado por los olvidos.

Le gustaba consultar la edición italiana. Por lo pronto, la española lo decepcionaba desde el título. Der Mann ohne Eigenschaften, en su criterio, debía haberse traducido como El hombre sin cualidades, en la línea que siguieron las versiones italiana, francesa e inglesa. No tenía más remedio que acudir a la biblioteca cada vez que deseaba consultar L'uomo senza qualità, y eso era algo que ocurría a menudo. Su ejemplar, editado por Einaudi en un solo volumen, había desaparecido misteriosamente hacía cuatro años, tras un accidente de tráfico en el que estuvo envuelto su amigo matemático Eduard Bonet. Fue un fin de semana de diciembre de 1968. Habían quedado para merendar en su casa de Sant Cugat. A media tarde llegó Eduard y solo un poco antes Marc Molins, un joven artista que compartía con Marta Pessarrodona, la pareja de Gabriel, militancia en el Movimiento Socialista de Cataluña.

Bebieron, hablaron de cine, teatro, bebieron, hablaron de literatura, matemáticas, seguramente mujeres, siguieron bebiendo y en algún momento Gabriel le dejó a Eduard su ejemplar de L'uomo senza qualità. Comenzaba la odisea. Cuando se hizo tarde, Marc se ofreció a bajar a Barcelona a Eduard en su Renault Dauphine. Eduard se fio y se subió al vehículo. Tomaron la carretera de la Rabassada, y en un momento dado, el acelerador del vehículo se quedó trabado. A partir de aquí, tanto Eduard como Marc ofrecieron siempre un relato difuso de los hechos, aunque ambos se inclinaban por creer que el coche se topó con un corte vertical de la montaña, dio varias vueltas de campana y se detuvo muy cerca de un precipicio del otro lado de la carretera. Unos jóvenes de Terrassa fueron los primeros en

encontrarlos y los llevaron al hospital del Vall d'Hebron. Eduard, para desconcierto de las enfermeras, que no sabían qué pensar, no dejaba de preguntar «por el hombre sin cualidades». ¿A qué se referirá?, se interrogaban unas a otras. El matemático recibió el alta esa misma noche, con golpes en la frente, nariz, labios y rodillas. Marc, en cambio, permaneció ingresado dos meses.

Los jóvenes que los habían auxiliado, de regreso a Terrassa, revisaron el Renault Dauphine —reducido a chatarra— y en su interior hallaron el libro de Robert Musil, con una mancha de sangre. Al día siguiente lo dejaron en el hospital, donde se lo hicieron llegar a Eduard. Resumiendo: Gabriel nunca lo recuperó y periódicamente peregrinaba a la biblioteca de la facultad, a cuyo departamento de crítica literaria se había incorporado en 1969.

A la salida se detuvo a saludar a Susana Casals, funcionaria de la biblioteca a la que trataba de seducir —menos cada vez—, aunque siempre sin éxito. Su relación, en lo que a ella concernía, había alcanzado esa fase en la que sentía que Gabriel era como su padre. Susana portaba un aparatoso vendaje en la mano derecha. «El imbécil de mi novio —explicó con mejor humor del que debió de haber sentido al lesionarse— cerró la puerta del taxi cuando estaba a punto de bajarme. Alegó que creía que me bajaría por el otro lado, ¿qué te parece?» «Me parece que deberías cenar conmigo esta noche, es inevitable», propuso Gabriel. Susana dejó escapar una sonora carcajada. Algunos estudiantes levantaron la cabeza hacia ella, que se llevó la mano a la boca, sorprendida por la repercusión de su espontaneidad, y dio un cariñoso golpe a Gabriel en el pecho con la mano sana. Era su forma de decirle: «Olvídate, majo».

Por si acaso insistía, la bibliotecaria cambió de tema, ya que el profesor de lingüística nunca cambiaba de obcecaciones. «El lunes estuvo aquí Paco Rico y me preguntó por el señor de la habitación 53. Me debió de notar la cara de desconcierto, porque puntualizó que se refería a ti. ¿Me contarás por qué te llamó el señor de la habitación 53?» Esta vez estalló Gabriel en una carcajada descomunal, que se apagó lentamente, y al fin murió en un silencio acuoso, como si la revelación de aquel misterio no estuviese a la altura de Susana.

Aunque era miércoles se despidieron hasta el lunes porque el día siguiente era festivo y el viernes no era una jornada que Gabriel

dilapidase yendo a la universidad. La vida había tardado poco en enseñarle cuáles eran las verdades que ningún hombre debe contradecir. Trabajar tan poco como se pueda era la primera. La siguiente le quedó clara casi al mismo tiempo, tempranamente en todo caso, al descubrir que sus artículos de primera necesidad apenas eran tres: alcohol, tabaco y libros. Ese kit, en realidad, tenía mucho que ver con la historia del señor de la habitación 53, un relato que se remontaba a mayo de 1967, cuando Gabriel viajó a Túnez comisionado por Seix Barral para la concesión del Prix International des Éditeurs, que reunía a representantes de las principales editoriales de Europa, Estados Unidos y Japón.

Su paso por la ciudad de Gammarth resultó memorable en varios sentidos. Por una parte, por la épica defensa que realizó de Witold Gombro-wicz, su candidato al premio. Yukio Mishima era el gran favorito, y contaba con el apoyo de los editores ingleses, estadounidenses y japoneses. Pero Gabriel hablaba diez idiomas, y durante los días anteriores a la votación había estado bebiendo y alternando con todas las comitivas. En su peor resaca, durante las deliberaciones, hizo una defensa estratosférica de Gombrowicz, el autor por el que había aprendido polaco, para leerlo en su idioma original. Ocurrió lo que nadie aguardaba: Witold Gombrowicz se alzó con el premio. Pero la estancia en las playas tunecinas de Gammarth fue inolvidable por su naturaleza profundamente alcohólica. Salvador Clotas, otro de los representantes de la delegación española, en vista de cómo se habían dado las primeras noches, optó por prevenir al camarero del hotel de los hábitos de los editores. Gammarth era un lugar especialmente turístico, y el camarero se declaró curado de espantos. Era joven, pero ya había visto de todo. Había visto, en concreto, muy buenos y grandes bebedores, los mejores, probablemente. Pero el día que las distintas delegaciones partían hacia sus respectivos países el camarero confesó admirado a Salvador, cuando se despidieron, que después de muchos años «nunca había visto beber a nadie como al señor de la habitación 53». Ahí había estado alojado Gabriel. Aunque para entonces, Gabriel y sus borracheras eran de sobra conocidos entre los editores que participaban en el Prix International. En la edición de Valescure, dos años antes, se había pasado las mañanas en la piscina del hotel con una bolsa de hielo en la cabeza, derrotado por el Bloody Mary, que bebía en vaso alto y lleno hasta arriba de ginebra.

Turín

Pensaba que las palabras que ha tenido con el botones, cuando lo ha conducido hasta la habitación, podían ser sus últimas palabras, la última oportunidad para escuchar su propia voz vibrando en el aire. Pero no. De pronto, se acerca a la pared, sin voluntad alguna, ni siquiera la más insignificante, para frenarse, y descuelga el teléfono. Es como si pudiese observarse ajenamente, desde la pared de enfrente, desdoblado en dos. Toma el auricular y conecta con la operadora; solicita línea con el número de Fernanda Pivano. Cesare pronuncia su nombre. No tiene voluntad bastante para guardar silencio. Ella —piensa— tal vez acalle esta vibración que dejó hace años la mujer que llegó en marzo en su cabeza y que no desaparece. Connie es como ese pitido constante que dicen oír algunos locos antes de lanzarse a la vía del tren para imponer algo de silencio en su día. Cada vez que habla con Fernanda cree que podrían estar juntos todavía, que ella podría ser el fin de este sufrimiento sin cuartel, o su alivio, el modo de poner cierre a su largo historial de desengaños. Ella incluida, pues Fernanda es parte de su vacío. Un día huyó y dejó un hoyo al que de vez en cuando Pavese mira, para asegurarse la tristeza.

Cuando responde, después de un minuto de espera, su voz le suena extraña a causa del bajo tono en que habla. «Fernanda, ven a verme. Estoy solo en un hotel de la Piazza Carlo Felice», le dice. Aguardaba que al menos expresase algunas dudas, pero Fernanda se pronuncia con inmediatez, convencida. «Cesare, no puedo, sabes que eso ya no es posible. Nuestra hora pasó. No te hagas daño, ni me lo hagas a mí. Mi marido no ha llegado aún a casa y mi hijo está enfermo. No, no puedo, es la verdad. Regresa a casa, te lo pido por favor. No tienes por qué estar ahí.» «Fernanda, necesito verte. Cenemos juntos esta noche para celebrar que el pasado no pasó», le ruega. «Piensa en mi niño, te lo pido por él, no me hagas sentir así. ¿No lo oyes? Está enfermo, cómo he de decírtelo, tiene fiebre y no deja de llorar. No puedo, no iré. Sálvate, Cesare. Adiós.»

Son las siete de la tarde y la Piazza Carlo Felice es un fuego apagado. Demasiada paz en un lugar habitualmente ruidoso, pero es sábado y además es agosto, y el calor exclama. Cesare se asoma a la

ventana de la habitación con la pipa atrapada entre los dientes, como si fuese una duda. A esta hora sabe perfectamente a qué se está enfrentando, y que, desde que se ha levantado esta mañana, todo es cuestión de poco tiempo. En el estrecho margen que lo separa del fin, las cosas sucederán en silencio pero con gran alboroto, advendrá un terremoto mudo, una sacudida demoledora y discreta, que todo lo arrastrará a su paso con gran sigilo, y en su lugar quedará un gran socavón. Pese a todo, agradece el silencio de las cenizas de la Piazza Carlo Felice.

El silencio es un contenido ideal para rellenar los huecos que se forman cuando uno está a solas. Incluso en compañía adquiere valor. Cuando piensa en el silencio, a menudo se acuerda de una historia que relataba Einaudi. Flavio solía traer de sus erráticos viajes por Europa, junto con uno o dos libros de autores extranjeros a los que proponía seguir la pista, una anécdota que resumía lo mejor de cada ciudad a su paso por ella. La de Lisboa tenía que ver con el silencio. A principios del siglo xx se habían hecho célebres tres poetas portugueses de segunda fila, a los que el propio Einaudi nunca citó por su nombre, como si los malos poetas no se llamasen. Eran años de bohemia y aquellos creadores irrelevantes se reunían en un café de la ciudad. Su tertulia, que duró veinte años, se hizo legendaria no porque los debates rayasen a gran altura o diesen lugar a grandes polémicas. La celebridad la propició precisamente el silencio. En aquella tertulia no se tertuliaba. Los poetas se limitaban a fumar un cigarro tras otro, beber un café tras otro, en un severo y pensativo silencio. Había varios tipos de silencio, según Einaudi. La tertulia era en extremo hermética y misteriosa, al punto que en los últimos años —cuando, en parte por su ridiculez, se hizo famosa— acabó atrayendo hasta a los turistas. La gente quería ver cómo se desarrollaba una tertulia en la que los argumentos se disfrazaban de mutismo. En realidad, la tertulia era la mímica tibia de las miradas perdidas, los brazos cruzados, el café, la cucharilla, las agujas del reloj, la hora de levantarse, la gente que miraba sin entender.

Aquel ceremonial de dos décadas finalizó cuando una tarde uno de los poetas abrió la boca y dijo: «Este café está malísimo». Sus compañeros consideraron el comentario propio de un charlatán y la tertulia quedó abolida ese mismo día. Oiremos cómo gotean los instantes en lo oscuro, / más allá de las cosas, en el ansia del alba, / que llegará súbitamente tallando las cosas / contra el muerto silencio.

La luz inútil / revelará el rostro absorto del día. Los instantes / callarán. Y las cosas hablarán en voz baja.

Cesare abandona la ventana y se dirige de nuevo al teléfono. Habla con Pierina, que rechaza encontrarse con él. La nota incómoda y arisca. Cesare le pide hasta tres veces que acuda al hotel y ella, en un tono cansado, se niega siempre. «Me mortifica estar contigo. Te has vuelto demasiado atormentado y aburrido.» Son sus últimas palabras, porque Cesare cuelga el teléfono sin despedirse. Lo inunda el odio, que se materializa en un desprecio absoluto por los demás, por cualquiera sin excepción, un odio por el género humano. Advierte, como si fuese una molestia física, que todo el mundo con el que ha tenido contacto alguna vez lleva dentro algo miserable y villano.

Confuso, trata de hablar en la siguiente media hora con Bianca Garufi y Battistina Pizzardo, pero ni siquiera consigue que respondan al teléfono. No está convencido de por qué lo hace, simplemente desea hablar, fracasar otra vez en el intento de comunicarse, porque —piensa— todo acto de comunicación con el otro es vano, una estúpida pérdida de tiempo. Pero hay que intentarlo, porque solo se tiene a sí mismo. No parece mucho a estas alturas. Aunque cree que eso tampoco es del todo exacto. «Cuando no tienes nada, tampoco te tienes a ti. Si todo alrededor es vacío, nada, completo silencio, tú acabas arrojándote también sobre ese abismo.» El hombre se pierde. He ahí la lección de todos estos años: el hombre no está consigo, está fuera. Cesare se extravió hace tiempo, cuando la donna dalla voce rauca lo empujó a la perdición.

Hace años que avistó el final de su vida. Tal vez en forma de libro imaginado. Todo lo que vino después no fue sino una recreación de aquella visión. Es mentira que uno se acostumbre al dolor. Cada vez que uno entra en bancarrota emocional lo hace siempre por primera vez. No tiene costumbre. El dolor es constante pero nuevo. Por eso cada año, cada minuto, sufre más. Toma un lápiz y una hoja de papel. Escribe:

Queridas Connie, Tina, Fernanda, Bianca, Pierina… Todas. No me habéis dado sino motivos para matarme. Os felicito. Todo lo que me ha conducido esta tarde hasta aquí ha tenido su origen de una manera

u otra en vuestras mentiras. No habéis tenido piedad conmigo. Espero que el tormento al que yo hoy pongo fin se reparta equitativamente entre vosotras. Habrá suficiente para todas. Ojalá tengáis cáncer.

Cesare

Extiende su firma en la carta, se levanta de la mesa y, con esa distancia inmedible que uno pone entre sí y los objetos, observa el papel como algo ajeno, escrito por alguien que acabase de meterlo por debajo de la puerta. Tras unos instantes de duda, como si temiese contagiarse al tocarlo, lo coge y lo sostiene con ambas manos. Lo lee y lo relee. Lo pesa. Se sienta a los pies de la cama, mira a lo lejos a través de la ventana. Es agosto y llueve dentro. Fuma. Piensa en una tarde en el café Mulassano, durante la que escribió en una servilleta de papel un verso deprimente que destruyó, del que nunca más volvió a tener noticia hasta ahora, tarde, muy tarde para reconstruirlo a partir de sus restos. Es decir, diez años después. Ese día, tras acabar con sus versos, siguiendo la estrategia de Saturno, recitó en alto algunos fragmentos de la Ilíada, en griego. Después de este recuerdo, se queda en blanco, sin otro pensamiento al que agarrarse. Se levanta. Camina hasta la ventana. La abre y dobla la carta a la mitad, formando un techo sin casa. La deja sobre el alféizar y le prende fuego con una cerilla. Las frases quedan reducidas a palabras; las palabras, a letras sueltas; las letras, a cenizas de papel, por este orden.

Empieza a caer la noche cuando un empleado del hotel llama a la puerta y pregunta si necesita algo. Cesare cree entender la palabra cena. «Márchese», responde el poeta con gravedad, como si le estuviese dando un consejo que fuese a salvarle la vida. Cuando se recompone de nuevo la paz en la habitación 346, Cesare se acerca al baño y se inclina a beber un poco de agua directamente del grifo. Se seca el agua que le corre por la barbilla con el envés de la mano.

La maleta abierta en mitad de la estancia, como un hombre asesinado por la espalda, deja ver sus pocas pertenencias. Entre ellas está su diario, que toma con cierto candor. Lo abre al azar. Cae en la entrada del 3 de febrero de 1943, una jornada con una anotación anodina. Desalentado por lo que lee, el candor se evapora y vuelve a dejar el diario en la maleta, como quien abandona el arma con la que

acaba de cometer un crimen, y en su lugar coge los Diálogos con Leucó.

La Piazza Carlo Felice ya está a oscuras y el ambiente comienza a animarse. En estos días de insoportable calor las noches se vuelven tardes, forjadas con una densidad que hay que apartar con las manos, como una cortina. Ajeno a lo que el mundo depara más allá de los muros, se sienta en la cama, desata los zapatos, se descalza, afloja la corbata y se deja caer sobre el colchón como una piedra arrojada desde el campanario del Duomo. Ingiere una pastilla tras otra, en armónica sinfonía, todas las que traía consigo, una, y otra, y otra, y otra más. Tutto e subito. Cuando finaliza, se vuelve y escribe sobre la última página de los Diálogos con Leucó:

Perdono a todos y a todos pido perdón. No chismorreen demasiado.

Cierra el volumen. Aún tiene tiempo de distinguir, sobre el fondo de un día de perros, su propia sombra, y cómo la mirada de la muerte se clava en él, y presiente que todo lo que resta será como abandonar un vicio, / como ver que emerge de nuevo / un rostro muerto en el espejo, / como escuchar un labio cerrado. / Descenderemos al remolino, mudos.

Buenos Aires

Aparta los libros que se apilan sobre el tocadiscos y pincha un LP de Janis Joplin. Se trata de I Got Dem Ol'Kozmic Blues Again Mama!, su primer álbum como solista, que Fernando Noy le regaló en diciembre de 1969. Sus discos son lo que más echa de menos en el hospital psiquiátrico de Pirovano; en especial la voz de Joplin. A cantar dulce y a morir luego. / no: / a ladrar. / así como duerme la gitana de Rousseau, / así cantás, más las lecciones de terror. Suenan «Try» y «Maybe», y en mitad de «One Good Man», llegan del piso de arriba unos gritos ininteligibles —algo de la comida de un gato— y música de zapatos que van de un lado a otro. Alejandra no soporta los sonidos invisibles, aquellos que no se pueden contrastar con el sentido de la vista. La desazonan.

En el octavo B siempre ha habido unos vecinos muy ruidosos. No son más que una pareja de ancianos, pero de su juventud han conservado la capacidad para gritar, romperlo todo, odiarse entre sí, hacerse odiosos para los demás. Alejandra observa el techo, esperando que su mirada favorezca el silencio. Esta es una de las pocas cosas que no añora en Pirovano. Allí sus compañeros son seres fantasmales, quién sabe si tal vez máquinas programadas para deambular por pasillos y comedores.

Fernando Noy, el mismo que un día le trajo a Janis Joplin, es el único que supo mantener a raya a los vecinos de arriba.

La poeta le había contado que en mitad de la noche el viejo matrimonio iba al baño en zapatos, y un buen día él decidió asustarlos durante una de esas veladas nocturnas que Alejandra organizaba en casa, en las que se leía y se bebía alcohol a partes iguales. Fernando ató en dos palos de escoba un par de zapatos y con ellos caminaron al revés por el techo. A los pocos minutos de ese ruido inquietante, la mujer de arriba gritó espantada: «¿Quién anda ahí?». Durante una temporada consiguieron que dejaran de ir al cuarto de baño en calzado de calle. Esas eran el tipo de cosas que Noy hacía como nadie, piensa, y por eso últimamente lo extraña tanto.

Fernando era nieto de un conocido pendenciero de Buenos Aires que actuaba en el barrio de Abasto. A menudo cuenta que hay un quiosco de diarios y revistas en la calle Corrientes con Pueyrredón que lleva el nombre de Noy precisamente en homenaje a su abuelo, que fue mencionado en textos de Borges y Enrique Cadícamo. Alejandra nunca dio demasiado crédito a esa historia, pero una noche apareció Fernando con dos botellas de ron en cada mano y, bajo el brazo, un viejo ejemplar de El idioma de los argentinos, editado por Gleizer en 1928. «Acá está toda la verdad de mi antepasado», advirtió Fernando, y después de servir el ron abrió el libro por el capítulo titulado «Ascendencias del tango». Se lo leyó entero a los presentes, entre los que Alejandra creía recordar a Olga Orozco, a Alberto Girri, a Tanguito. Pero la parte relevante, para cuya lectura se encaramó a la mesa, era en la que Borges afirmaba que «Don Miguel Camino nos explica el tango y además nos marca el preciso lugar en que este nació: los Corrales Viejos. La precisión es traicionera. El visteo no fue jamás privativo de los Corrales, pues el cuchillo no era solo herramienta de matarifes: era, en cualquier barrio, el arma del compadrito. Cada barrio padecía sus cuchilleros, siempre de facción de algún comité, en alguna trastienda. Los hubo de fama duradera, aunque angosta: El Petizo Flores en la Recoleta, El Turco en la Batería, El Noy en el Mercado de Abasto. Eran semidioses de chambergo alto: hombres de baquía puntual en menesteres de cuchillo y que solían desafiarse envidiosamente».

Cuando cesa el ruido arriba, de nuevo se concentra en la música de Janis Joplin y abandona su mente al color blanco, a la deriva. Por un momento, desde que el viernes salió con un permiso de fin de semana del psiquiátrico, experimenta algo de paz y olvida el plan suicida al que precisamente le da vueltas cuando se siente libre. Está tumbada sobre la cama y tan relajada y expandida que sabe que debe vestirse. Pero no puede. Los músculos dormidos —supone que por las anfetaminas que toma— la convencen de que no se mueva y se limite a flotar.

Calcula que en una hora llegará Olga, con la que trata de poner orden en sus diarios. Antes de la hora acordada, llaman a la puerta. Lo hacen con discreción, justo lo contrario de lo que acostumbran los amigos que la visitan. Noy, por ejemplo, siempre llama con el pie. Alejandra no se molesta en vestirse y abre en bragas y corpiño. En los últimos tiempos ha desarrollado este tipo de comportamientos

extraños y acalorados. Como el de fotografiarse a sí misma desnuda. Para su sorpresa, tras la puerta está la vecina del séptimo A. No recuerda cómo se llama. Se llama… Tal vez, si no se acuerda, es que no se llama de ninguna manera. Existe gente así, desprovista de nombre. Hace seis meses coincidieron en el ascensor. Marisol —de repente recuerda el nombre— acababa de comprar el apartamento vecino y, según decía, no tenía teléfono. En uno de esos gestos de generosidad y automatismo, tan propios de ella, Alejandra se ofreció para que usase el suyo cuando se diese algún tipo de urgencia. Le facilitó el número sin ninguna desconfianza: 422504. Marisol trabajaba en un estudio de arquitectura y desde allí podía hacer llamadas, así que fueron muy pocas ocasiones las que aceptó el ofrecimiento. Hoy, al advertir que su buzón estaba vacío, ha supuesto que tal vez Alejandra estuviese en casa. Le tiende un paquete que hace tres semanas alguien dejó en su casa para ella.

«¿Dio su nombre?», pregunta Alejandra. El paquete presenta un embalaje pobre y desmañado, hecho con hojas de periódico. Intuye la cabecera del diario Le Figaro. «No. Era un señor joven, que dijo estar recién llegado de París y que dejaba esto para ti de parte de Julio Cortázar. Eso es todo. Al parecer vino hasta en tres ocasiones, así que supongo que a la tercera prefirió llamar a mi puerta», dice Marisol con una media sonrisa. «¿Te encuentras bien?», pregunta la vecina, que observa a la poeta de arriba abajo, como si todavía ahora mismo se diese cuenta de que Alejandra está en bragas. «Sí, gracias, todo va bien», dice Alejandra. «Simplemente estoy algo acalorada, como con fiebre. Hasta pronto», se despide, y cierra la puerta abruptamente.

Lanza el paquete sobre la cama, presuponiendo que solo puede tratarse de libros y que no se puede romper, y a continuación salta sobre el colchón. Desenvuelve el periódico con cuidado y lo despliega. Es la edición de Le Figaro del 6 de septiembre, en cuya portada se informa con amplitud y detalle de la masacre de Múnich, donde el grupo terrorista Septiembre Negro asesinó a once integrantes de la comitiva olímpica de Israel durante la celebración de los Juegos Olímpicos. Dese-chado el periódico, quedan dos libros y una breve nota. Se trata de Poemas póstumos, de Jaime Gil de Biedma, y Les dones i els dies, de Gabriel Ferrater. La nota dice escuetamente:

Alejandrísima, te envío dos libros que te harán brillar en la noche. En Gil de Biedma encontrarás un espejo al que mirarte y en alguna medida verte reflejada. En cuanto a Gabriel Ferrater, tendrás que leerlo en catalán, lo que no es fácil, pero si logras desentrañar los versos te habrás hecho el favor de ser algo más feliz. Es la noche del domingo y estoy enfermo, perdona mi hermetismo. Te quiero mucho, bicho.

Boston

Maxine Kumin sirvió un vodka para Anne y otro para ella. La realidad quedaba aliviada de gravedad desde la perspectiva de una copa. Habían almorzado juntas, en la casa de Maxine, y ahora descansaban en sendas hamacas, en el jardín, donde habían construido con los años su paraíso secreto. A pesar de ser octubre, el cielo había declarado la primavera. De vez en cuando una ráfaga de viento atravesaba el pueblo como un forajido que huye a caballo.

Maxine era la mejor amiga de Anne. Sin ella, hace algunos años que habría muerto. En realidad, si sus intentos de suicidio no eran más habituales había que agradecérselo a su amiga, y si el suicidio definitivo, final, no había tenido lugar, no se debía sino en una proporción misteriosa a la poesía, en la que Anne y Maxine desembocaron al mismo tiempo, en 1956, cuando coincidieron en el taller del Boston Center for Adult Education, dirigido por John Holmes.

El paraíso perdido en el que se había transformado el jardín de Maxine hallaba su origen también en la poesía, que con tanto afán cultivaban ambas. Esta tarde Anne tenía sobre las piernas un libro de Robert Lowell, al que veneraban con una pasión propia de tribus animistas y salvajes. En un momento dado, tomó el volumen, lo abrió y, en un ejercicio nada más que de amor literario, recitó en voz alta: «En nuestro inconcluso y revolucionario presente / nada comienza y todo ha terminado. / El Diablo sobrevive a sus vacías esquelas / y se dirige, cojeando y maldiciente, a su demolición, / la pesadez moral más allá de balanzas, / vómito circular como manchas / de hierba amarillenta». Cuando finalizó la estrofa, irguió la cabeza hacia Maxine, que le asestaba un trago al vaso con los ojos cerrados. «Me gusta releerlo cada poco tiempo», dijo Anne con un poso de nostalgia que, por si acaso, sacudió a su vez con un trago de vodka.

Maxine le devolvió un gesto de aceptación, menor pero expresivo, mientras también enviaba su vodka garganta abajo. «Yo mismo soy el infierno», comentó, reproduciendo otro conocido verso de Lowell, y ambas se echaron a reír. «Brindemos por él, que a estas horas también

estará bebiendo», propuso Anne, que recordó el célebre paso de Robert por Argentina para dar fe de hasta qué punto feroz también él pertenecía con toda justicia a la estirpe de los seres bebedores, esos que antes de descargarse en sus versos deben vaciar la botella, caer hasta el fondo del vaso, morir ahogados. Y a partir de ahí escribir.

La visita a Buenos Aires se había producido en 1962. Con motivo de su paso por el Cono Sur recibió una invitación para encontrarse con Jorge Luis Borges en su casa. Allí estaban Bioy Casares y Silvina Ocampo y un sinfín de personalidades a las que el poeta norteamericano no conocía, a excepción de Rafael Alberti, que se hacía acompañar por su pareja, María Teresa León. Lowell se mostró encantador en la primera parte de la fiesta, incluso en la segunda, «hasta que cometió la imprudencia de no ceñirse a su dosis diaria de vodkas martinis», evocó Anne.

Lo pequeño dio paso a lo grande y Lowell se fue inflando, bebiendo cada vez más, hasta perder la compostura. Todo se desproporcionó, y al entrar la noche acabó tirado por el suelo de la casa, en un estado verdaderamente lamentable, que a una sensibilidad tan susceptible como la de Borges le provocó una sensación de angustia que le duraría varios días, semanas, tal vez años. El narrador argentino temió que su invitado pudiese fallecer de embotellamiento en su propio domicilio. En un intento desesperado por calmarlo, «hasta le leyó fragmentos de Chesterton», precisó Maxine.

Lo peor estaba por suceder. Borracho hasta el paroxismo, se cruzó con la acompañante de Alberti y la empujó hacia un cuarto de baño. «Allí permanecieron hasta que consiguieron derribar la puerta y controlarlo.» De la casa de Borges fue trasladado a un sanatorio, donde estuvo sujeto con correas de cuero y sometido a grandes dosis de Thorazine, hasta que la embajada encontró la manera de subirlo a un avión de vuelta a Estados Unidos. «Qué hermosa historia de martinis», dijo Anne.

Maxine rompió en una larga carcajada y, una vez repuesta, sirvió otra ronda. Luego le extendió un cigarrillo a Anne, que había abandonado el paquete de Salem en la consulta de la doctora Schwartz.

Los encuentros semanales entre las dos amigas solían estar

salpicados de largos silencios durante los que fumaban sin parar y rumiaban versos, que sonaban calcando la música de los cristales al pisarlos. En su oficio, la operación más importante era la de rumiar. Hay que dejar que las palabras fermenten. Esta tarde no fue distinta. Bajo la perspectiva del vodka, rumiaron en silencio y entre tabaco, pero al cabo de un rato no emergió nada. Solo un propósito.

«Me gustaría cantar a mi vagina», anunció de pronto Anne, que se subió el vestido y, tras apartar las bragas, tendió una penetrante y larga mirada a su coño. Ella te agarró como una mujer agarra / un vestido de saldo de un estante / y yo me rompí igual que una piedra. / Te devuelvo tus libros, tu sedal. / El periódico de hoy dice que te has casado. / De noche, sola, desposo la cama.

Maxine se aproximó a Anne y se quedó mirando admiradamente aquella oscura e impenetrable vagina. Le pareció misteriosa y bella, como una cueva del Paleolítico inferior. Meció la cabeza, en gesto de afirmación, y por fin añadió: «Sí, creo que este coñito necesita de una vez por todas una estrofa». Y de nuevo estallaron en grandes y sonoras carcajadas mientras se dejaban caer sobre la hierba, dando tumbos.

Anne hallaba en la compañía de Maxine una promesa de la infancia, algo que no encontraba con nadie más, y menos consigo misma. A su lado experimentaba aquella vieja, casi olvidada, sensación que por primera vez tuvo cuando entró en el taller literario de John Holmes: la sensación de que aquella era su gente. No conocía a nadie y todos eran distintos. He viajado contigo, carretero, saludando / con los brazos desnudos a los pueblos que dejábamos atrás, / aprendiéndome las últimas rutas de la claridad, superviviente / allí donde tus llamas aún muerden mis muslos / y crujen mis costillas bajo la presión de tu carreta. / Una mujer así no se avergüenza de morir. / Yo he sido de esas.

Hasta entonces su vida había sido un desastre indómito, o una sucesión de desastres. Todo cambió aquel día, durante la Navidad de 1956, cuando Ivor Richards apareció en televisión ofreciendo una clase magistral sobre el soneto. De pronto, existía una ventana. A partir de ese momento su vida siguió siendo un desastre, se reiteraron los intentos de suicidio, los internamientos en sanatorios, los saltos de amante en amante, las agresiones maritales, las terapias, pero todo era diferente: ahora estaba la poesía.

«¿En qué piensas?», preguntó Maxine ante una Anne absorta, en otro lugar. No sabía en qué pensaba exactamente, pero, con todo, respondió: «En aquel cura, ¿te acuerdas?». Maxine conocía a muchos curas, de los que una parte le habían hecho el amor apasionada y atrozmente.

«¿Te refieres a alguno al que te follaste?» «No, tonta», rechazó esa posibilidad Anne, que le robó otro cigarrillo a la cajetilla y un nuevo trago a su copa de vodka. «Me refiero al padre Nicholas Batler. Nos escribimos cartas todas las semanas a lo largo de tres años. Él vivía en Sapulpa, a las afueras de Tulsa. No recuerdo bien cómo nos conocimos… o sí. Fue en un viaje que hice con Kayo a Jacksonville, en Carolina del Norte, para acudir a una de aquellas estúpidas convenciones de productores y distribuidores de lanas a las que asistíamos al comienzo de nuestro matrimonio. Qué decadencia. Yo estaba en el bar del hotel, cargada con varios vodkas, cuando apareció el padre Nicholas. Nos hicimos amigos.» Maxine comenzaba a recordar la historia, pero quería escucharla otra vez. «¿Y por qué pensabas en él ahora?», preguntó.

«No sé. Me vino a la cabeza. En algunas ocasiones hablábamos por teléfono. Eran largas conversaciones, cuando Kayo se ausentaba. Una vez, después de uno de mis intentos de suicidio por sobredosis de Nembutal, y pensando en cómo lo podía intentar la próxima vez, y que saliese bien, le pedí que me administrara la extremaunción por teléfono. Yo estaba desesperada. En realidad, siempre estoy en ese estado —se rio—, así que aquel día debía de estar mucho más que desesperada.» «¿Psicótica, paranoica, alienada, perturbada?», le ofreció alternativas Maxine. «Todo eso a la vez, pero más grave —añadió Anne, sin perder el tono humorístico con el que abordaba siempre sus intentos de quitarse la vida—. El caso es que le dije: “Padre Nicholas, deme la extremaunción, quiero morirme, se lo ruego, no me haga sufrir innecesariamente”. Me vio tan confundida, tan decidida a matarme y a no pasar de esa noche que comenzó una larga perorata. Creo que me persuadió por aburrimiento, el muy hijo de perra. No puedo recordar qué me dijo, porque me dijo un millón de cosas. Pero retengo su última frase, fue reveladora: “Dios está en tu máquina de escribir”. Y se quedó callado dos segundos, luego añadió que tenía que seguir escribiendo, que mucha gente necesitaba mis versos, pero sobre todo que esos versos eran necesarios para mí. ¿Nos tomamos otra copa?»

Sant Cugat

Al recoger la correspondencia del buzón, que Gabriel abría una vez a la semana, solo halló una carta de ”la Caixa”. Lógicamente, la abrió con distante interés, casi extranjero. A estas alturas, a él le interesaba poco lo que pudiese comunicarle esta entidad o cualquier entidad. Su sorpresa fue mayúscula, sin embargo, cuando advirtió que se había producido un movimiento de diez mil pesetas a su favor, no por las diez mil pesetas en sí, sino porque el devengo se correspondía con un pago de Weidenfeld & Nicolson, la editorial inglesa para la que había traducido algunas novelas policíacas durante su breve estancia en Londres; y de eso habían transcurrido casi diez años. Eso era lo extraño. Diez años parecía mucho tiempo para pagar incluso con retraso. ¿Quién recuerda que le deben dinero pasada una década? En lo que a él concernía, ese dinero había sido dado por muerto. En realidad, no recordaba —hasta que abrió el buzón y luego la carta— que Weidenfeld & Nicolson le adeudase alguna traducción. Si se esforzaba en olvidar, tampoco tenía nociones de que algún día hubiese sido traductor.

Aquellos días londinenses estaban lejísimos, aunque habían sido un campo de entrenamiento idóneo para perfeccionar sus vínculos con la novela negra. La iniciación se había producido cuando se cruzó en el camino de Dashiell Hammett. Entonces tradujo El saqueo de Couffignal para la colección «El Búho», de la editorial Planeta, y revisó una versión argentina de El halcón maltés. Sudor le había costado, pensó mientras salía a la calle, se abotonaba la gabardina y extraía de un bolsillo sus célebres gafas oscuras, cuya patilla izquierda estaba sujeta con cinta aislante, tan o más célebre que las gafas. En aquellos días lejanos, José Manuel Lara todavía pugnaba por abrirse camino en Barcelona y apenas pagaba ocho pesetas por página traducida. Para entonces, Gabriel había cumplido treinta y dos años. Dos antes, con su amigo poeta y pintor José María de Martín, habían infligido el peor ataque al género negro escribiendo a cuatro manos una novela policíaca: Un cuerpo o dos.

En 1952, la editorial Aymà había convocado el Premio Simenon, y su pasión por el género acabó por animarlos a presentarse. El sentido

de la vida, aquellos días, era que podías hacer lo que te diese la gana. La historia de la novela arrancaba en un día de abril de 1950, cuando aparecen dos cadáveres sobre las líneas en desuso de la estación de ferrocarril de Gràcia-Sarrià. Los cuerpos no tienen nada en común, al menos en apariencia. Después de todo, la historia de la novela negra tiene una norma sagrada y que siempre produce réditos: no es lo que parece. Uno de los muertos era dueño de una brillante vida social y el otro era adicto al alcohol y la lectura. Junto a sus cadáveres hallan dos pistas: un sombrero de hombre y un ejemplar de Partisan Review. El caso es asignado al juez Luis Ferrán y al comisario Juan Tormo. También ellos eran distintos. El primero era intuitivo y especulativo; el segundo trabajaba según una regla bien establecida por la experiencia: la gente mata por dinero y por mujeres —da igual cuánto dinero o qué clase de mujeres— y todo lo demás llega por añadidura y por casualidad.

El Premio Simenon recayó en El inocente, de Mario Lacruz. Gabriel y Martín hicieron un papel más que digno alcanzando un puesto entre los finalistas. Estaban en la edad de fracasar sin paliativos, y lo habían hecho modestamente. Eso era un éxito. No fue un papel lo suficiente digno, en todo caso, como para captar la atención de alguna editorial. Gabriel recordaba siempre con simpático espíritu aquel ensayo novelístico. Lo intentaron todo. Reclamaron incluso la ayuda de Juan José Moreno Mira, toda una autoridad en el género, con quien coincidían a menudo en los salones del Ateneo, y que ese mismo año se impondría en la primera convocatoria del Premio Planeta con la novela En la noche no hay caminos. Pero todos los intentos resultaron baldíos. Barcelona, según los editores, no funcionaba como espacio literario de una novela policíaca. Con el tiempo abandonaron el empeño de ver editada la obra.

Hacía frío. Gabriel guardó la carta y escondió las manos entre los amplios bolsillos de la gabardina. En los días pasados había nevado en plena Barcelona y hacía tiempo que su salud caminaba sobre la cuerda floja. Incluso cuando se encontraba bien. La salud solo es un breve paseo entre dos o más enfermedades.

Desde que se había instalado en Sant Cugat, después de casarse con Jill, el bar El Mesón se convirtió en su primera vivienda, y hacia allí se dirigió. Oscurecía a pasos lentos y, curiosamente, también rápidos. La tarde se le había pasado volando. Primero había estado charlando con

Ana Segarra, una de sus alumnas, que pasó por su casa para recoger bibliografía sobre lingüística anglosajona. Cuando se fue, Gabriel dedicó media hora a repasar un informe de lectura para Seix Barral que le había encargado su hermano Joan, director literario desde hacía dos años. Gabriel lo había redactado hacía tres días, pero nunca consideraba definitivo un informe caliente. Creía que había que dejarlo enfriar, y como la metáfora se prestaba al juego literal, cada vez que acababa de escribir uno lo introducía en la nevera, en el fondo. Ahí, bien fresquito, permanecía durante tres días. En ese tiempo, el crítico, profesor y poeta creía que quedaban definitivamente a la vista los defectos del texto. Solo restaba, entonces, volver sobre él y pasarle un cepillo.

Era la víspera del día de Montserrat y a primera hora de la tarde Marta lo dejó solo en casa. Su pareja en los últimos años quería celebrar el día siguiente con su madre, último miembro familiar de una larga saga de Montserrats. No convenció a Gabriel para que la acompañase, así que en cuanto se liberó de las tareas más urgentes, este aprovechó para escabullirse en dirección al bar de Carmen Rojo. Era sabido que Marta trataba —infructuosamente— que sus visitas al bar fuesen esporádicas, accidentes leves.

Camino de El Mesón se encontró con Sergio Beser. Ambos habían comenzado a impartir clases en la Autónoma casi al mismo tiempo. Las tertulias con Beser eran lecciones sobre Dickens, Balzac o Chéjov, pero, por encima de todo, Leopoldo Alas Clarín, al que había dedicado su tesis doctoral. «Ayer estuve en Barcelona, y me pareció distinguir a León Tolstói en el paseo de Gràcia.» Beser adoraba este tipo de bromas, que no servían ni para poner triste a una viejecita. «Podría ser él, en efecto», respondió Gabriel. «¿Llevaba un sombrero de orejas flexibles, al estilo de los mongoles durante las primeras invasiones medievales? Porque en ese caso era Tolstói, sin género de dudas», añadió como el que está convencido de que dos más dos más dos sumarán seis o cerca de seis.

Cuando se despidieron, Gabriel lo hizo riéndose para sus sonoros adentros, desérticos y silenciosos, y deseoso de echar un trago. En ese momento feliz, recordó que hacía algunos años —en 1963—, durante los meses que el Instituto Francés lo becó en París, para recabar material y escribir una historia de la pintura, también él creyó haber visto de paseo a otra gloria de la literatura. La diferencia, en relación

con el caso de Beser, es que él sí la había visto. Se trataba de Samuel Beckett, a quien distinguió sentado tristemente en un banco de los Jardines de Luxemburgo, solo, pasando un puñado de tierra de una mano a otra, como si estuviese dentro de una de sus obras. Faltaban todavía algunos años para que Gabriel tradujese Murphy por encargo de Lumen, pero en 1963 ya había leído profusamente su teatro. El catalán se acomodó en un banco próximo. Cada uno permanecía en su isla. Su admiración por aquel autor lo llevó a espiarlo. No se le pasó por la cabeza acercarse y hablarle, ya que Gabriel, en determinadas situaciones, era un hombre extremadamente tímido, y como poeta sabía cuánto valía el silencio en el que hurga un escritor.

Cuando Beckett dejó caer la tierra en silencio al suelo, y se levantó del banco en silencio, y abandonó en silencio el parque, bajo una mañana gris y silenciosa, Gabriel fue detrás de él, muy en silencio. Caminaron durante un buen rato, hasta llegar al Louvre. Beckett se dirigió a la sala donde se exhibía El rapto de las Sabinas y permaneció una hora ante la obra. La veló como si fuese el cadáver de un ser querido. El nerviosismo de Gabriel bullía al lado de su tranquilidad. No le vio tomar ninguna nota, ni cruzar una palabra con nadie. Transcurrida una hora, Samuel Beckett abandonó el museo, y aquel lo siguió ya solo con la mirada, hasta que se perdió en dirección a la Madeleine.

Nunca más lo vio, aunque volvió a pasar otras mañanas por los Jardines de Luxemburgo con el único propósito de encontrárselo. En todo caso, lo vio una vez y fue real, muy real. Tan real como las ganas de tomar una ginebra que le expresó a Carmen Rojo cuando llegó a El Mesón.

«Doble, por favor», especificó.

Turín

Necesitado de refugio, como cualquier forastero, elige el hotel Roma, cuya fachada amarilla, de amplios arcos, se extiende a lo largo de la Piazza Carlo Felice. Es un extranjero en su ciudad. En cierto sentido, un polizonte de su propia vida. Cuando entra, mira a su alrededor sin soltar la maleta, como si en realidad se estuviese yendo, en lugar de llegar. No tiene claro todavía que vaya a hospedarse aquí. El vestíbulo es amplio pero austero. Apenas hay muebles, salvo una mesita con dos sillones, dos radiadores en la pared y un gran espejo con pequeñas manchas negras. Todo parece de otra época. La escalera que conduce a los pisos superiores tiene una balaustrada metálica, de color dorado, aunque deteriorada por los años. El suelo está cubierto de moqueta roja. A la derecha hay un mostrador de madera, y tras él, un hombre de baja estatura y calvo. Sus orejas, enormes, escuchan ecos de sonidos que aún no se han producido. Abandona la lectura del periódico, que lo tenía absorto. Lo retira levemente, tal vez con la idea de recuperarlo más adelante. Le sonríe. La amabilidad del gesto, o quizás las manchas del espejo, lo persuaden para quedarse. Quién sabe por qué los hombres hacen las cosas que hacen. Incluso que no hacen jamás.

Al fin con la maleta en el suelo, entre sus piernas, pide una habitación con teléfono. Insiste en que la habitación disponga de teléfono. Es importante. «Entiendo, señor. Con teléfono», repite el encargado. «Eso es», dice Cesare. El encargado estudia el libro de registros, se vuelve al casillero de las llaves, que está a sus espaldas, y toma la de la habitación 346. Toca el timbre y acude un mozo, que inicia la maniobra de recoger la maleta de Cesare del suelo, pero este le indica que no es necesario, pues apenas pesa.

«Puedo yo, gracias.»

«Sígame, por favor», le solicita el joven, y mientras lo sigue, Cesare piensa en su trece de agosto, en todo lo que ha sufrido desde aquel día en el que su existencia perdió sentido, peso, color, aire, y cómo a partir de entonces la cobardía lo ha hecho sufrir como un perro, sin necesidad. A la postre, piensa, aguantar no sirve de nada. La

recompensa es un nuevo sufrimiento, más atroz. Hace tiempo que tenía que haber llegado a este momento, este hotel, la moqueta roja, las escaleras, la habitación 346, las manchas del espejo. Aquello más temido y cruel sucede. Su culpa ha sido esperar, pensar en su muerte pero sin matarse, acostumbrarse a la idea de que solo le quedaba el camino del suicidio, pero no completar el recorrido.

«Aquí es, señor. Habitación 346, con teléfono», anuncia el botones, que empuja la puerta y lo invita a pasar. Cuando entra, Cesare observa su nombre grabado en una placa sujeta a la solapa de la chaqueta. Aníbal Cunqueiro. ¿De dónde procederá un nombre así?, piensa el poeta, con una curiosidad pasajera, mientras deposita una moneda en su mano. Por fin se queda solo. La habitación huele a esa clase de pasado que se queda congelado en el espacio, en la misma posición que la última vez que lo visitaron. Todo es viejo pero todo está nuevo, sin usar. Abandona la maleta en mitad de la estancia y da dos pasos, tres, cuatro, se detiene. Observa la habitación, extremada, casi groseramente sencilla, aunque pulcra hasta el esmero. Hay una cama estrecha, una mesa, una silla, un perchero, un lavabo y una lámpara en la cabecera de la cama. En efecto, tal como ha pedido, hay un teléfono de color negro anclado a la pared, casi ahorcado de la Historia.

En otra época, la desolación de esta habitación de hotel le habría parecido irrespirable. Ni el hombre más solitario puede soportar una soledad tan fría. La asepsia de la cama hecha, la fealdad de la colcha, este olor foráneo y antipático, pero sobre todo el inhóspito, lejano y melancólico vacío. Aquí solo se recala cuando la vida te cerca. Es el último desplazamiento del rey en ajedrez, el movimiento del lazo con el que te ahorcas. Qué tristeza. Se pregunta si habrá imagen más tremenda que un cajón vacío, un armario vacante, una mesa ociosa, una silla muerta, una lámpara que no desprende brillo, una ventana que más allá solo deja ver una plaza derretida, un teléfono en la pared que nunca suena. Cree que no.

Se siente cansado, a semejanza de un viajero que llega a su casa después de semanas de ausencia y desea caer sobre la cama para dormir durante tres días seguidos y sentir cómo su cuerpo recupera el dominio sobre sus partes, el gusto por sus rutinas, la eternidad tranquila de un colchón. Su cansancio es otro, precisamente el asco que le causan las rutinas, la banalidad de los horarios, el trabajo, las

frustraciones, los diálogos, el desamor, esta soledad absurda. ¿Quién la ha inventado?, ¿para qué? Kierkegaard contaba que al regresar a su casa, después de haber hecho reír a todo el mundo en algún salón de Copenhague, solo tenía ganas de suicidarse. Él no puede ya disimular. Lo consiguió alguna vez, salir de casa en un estado de desesperación absoluta y participar de la comedia de las relaciones sociales y relatar incluso alguna trivialidad, al estilo de Kierkegaard. Eso se acabó. Carece del mecanismo de defensa del abnegado hombre que mientras es torturado habla de otra cosa, y sonríe. Sonríe mucho, en una imitación perfecta de la máscara.

La única sonrisa que puede imaginar es la de Connie, y eso no le produce más que tortura. Recuerda su viaje a los Alpes, de cuya evocación se le impone, ante todo, su sonrisa. Cada madrugada, en el pequeño hotel en el que se alojaron, mientras él en vano esperaba a que lo alcanzase el sueño, escuchaba el sonido de un piano en la planta baja. Unas veces eran notas de Chopin; otras, melodías irreconocibles para él. Despertaba a Connie, que dormía profundamente, y le preguntaba si ella también podía oír el piano. «Claro que puedo, Cesare. ¿Para hacerme esa pregunta me has despertado?» Se daba la vuelta y volvía a dormir, ajena a la música. El último día, cuando disponían todo en la recepción del hotel para regresar a Turín, Cesare le preguntó a un camarero si era tradición hacer sonar el piano durante la madrugada para torturar a los huéspedes. «¿Piano?», respondió confuso el camarero. «Ese piano —dijo señalando hacia él con la barbilla— hace al menos veinte años que no suena.» «Pero yo lo he oído —replicó Cesare—, y no una noche, sino todas.» «Puede ser —añadió el camarero—, otras personas antes que usted han asegurado lo mismo; decían oír a Chopin y a Häendel.» No supo reaccionar, el poeta, mientras Connie se reía entre dientes, y esa risa escondida es la que se le presenta a esta hora.

Ojalá no pudiese recordar, someterse a la prohi-bición del pasado, como en Atenas en el siglo v a. C., cuando se prohibió por decreto recordar la humillante derrota militar sufrida ante Esparta. El gobierno de aquella ciudad llena de jactancia y gloria decretó la obligación de olvidar el fracaso; cada ciudadano ateniense fue obligado a pronunciar el juramento «No recordaré las desgracias». Vano afán. Cesare recuerda a todas horas. En especial, los dramas. Cuanta más necesidad de olvido, más vivas y reales se presentan las imágenes que lo hieren. No habrá tregua ni en esta hora postrera. Las

vísperas también dejan tormenta. Honorable en la batalla, incluso el ejército de Esparta, al conocer la muerte del gran Sófocles, orgullo de Atenas, concertó una tregua para que se celebrasen como se merecían los funerales del padre de la tragedia griega.

Aquí está el poeta frente a la muerte. El poeta sin poesía, agotado, seco como un roble ante su último y peor invierno. ¿Vale la pena que el sol se alce del mar / y que empiece la larga jornada? Mañana, / con la diáfana luz, volverá el alba tibia / y será igual que ayer y nunca ocurrirá nada.

Prepara una pipa para suavizar la evocación de la mujer que llegó en marzo que lo importuna a estas horas. Se le impone un recuerdo del mes de abril, cuando Connie lo citó en el café Elena. Aquel mediodía, antes de encontrarse, él supo que volvería a sufrir, que todo se acababa otra vez. Con miedo, intuyó —solo intuyó, pero fue suficiente— que volvería a padecer otro trece de agosto, ahora en plena primavera. La posibilidad de que eso ocurriese de nuevo lo trastornó, y la desesperación lo abocó a pedirle que se casara con él. Era su última oportunidad y cometió el error de otras ocasiones. Él la amaba, pero ella deseaba la ruptura. Has vuelto a abrir el dolor. / Eres la vida y la muerte. / Sobre la desnuda tierra / has pasado ligera, / cual nube o golondrina, / y el torrente del corazón / se ha reanimado e irrumpe / y se espeja en el cielo / y refleja las cosas / y las cosas, en el cielo y en el corazón, / sufren y se retuercen / en tu espera. Él la amaba y el mundo se acabó esa tarde, igual que se finaliza un libro y se cierra, o deja de sonar en el tocadiscos la última canción. El apasionamiento de Cesare tuvo una respuesta fría en los ojos de avellana de Connie, que miró al suelo y anunció que regresaba a América. Nada de matrimonio.

La insistencia lo ha hecho fracasar el doble, por triplicado, ilimitadamente. Si es verdad que en otras facetas la perseverancia de los hombres siempre triunfa, ¿por qué no en el amor? El empeño, en su caso, ha franqueado el paso al hundi-miento. ¿Qué lógica es esa? Cesare calcula que ha cavado su propia tumba. Porque si mira atrás, ¿qué tiene? ¿Una obra? Eso es poco. Tiene quince años perdidos, y «una muerte solitaria después de una vida solitaria», como Ismael en Moby Dick.

Su tristeza ha dejado de ser pasajera. En un tiempo iba y venía

como una estación, sin dejar rastro de por qué se instalaba a su lado ni por qué luego huía sin explicación. Pasaba una temporada ausente y, de pronto, una noche, una tarde, al alba, después de un recuerdo o ante una imagen o una frase, regresaba. Ese tiempo se transformó y la estadía de la tristeza se volvió permanente. Es incurable. Ha desbaratado su sistema nervioso. No soporta estar a su lado. Durante una buena etapa, sus diarios lo salvaron de una ruina mayor. Cuando lo rodeaba el fuego, se hundía en el agua y esa operación lo auxiliaba. Pero la tristeza practicada con constancia, como un vicio, acabó abrasando el refugio del diario. También el agua ardió.

En este desierto de silencio que se extiende por la habitación, repara por primera vez en que la habitación vecina está ocupada cuando distingue un sonido seco y violento, como cuando se cae un vaso o un florero al suelo. Tal vez se trate de un cenicero o de una lámpara. Los murmullos que siguen a ese silencio son débiles, fantasmales, como la música de piano que sonaba en aquel hotel de los Alpes en el que se hospedó con Connie. Así durante varios minutos. Ese desierto vuelve a rugir cuando una voz de mujer, desengañada y ronca, anuncia: «Nunca debí enamorarme de alguien tan miserable como tú. No sé cómo he llegado a esta situación, hasta este punto. No quiero verte nunca más, rata». El siguiente sonido es un gran portazo, y luego unos pasos que desfilan por delante de la habitación de Cesare y se alejan por el pasillo. Y también esto lo conduce a Connie.

Buenos Aires

Ha dormido media hora, pero de cinco minutos. Y con los ojos abiertos. Aunque a veces la escasez es pródiga. En ese tiempo ha tenido una pesadilla en la que era una poeta sin voz, bloqueada, con la boca arrancada. Frente a la máquina de escribir con la que redactó sus mejores versos, y los peores, ahora era incapaz de hallar la palanca desde la que impulsar la creación. Un angustioso espacio en blanco, un hueco, en realidad, dominaba su ingenio. No entendía por qué las ideas no fluían como otras veces, cuando se trasladaban de su cabeza al papel con la inmediatez de un reflejo. Todo en ella estaba obturado. Al principio le restaba importancia. No hay secuestro que dure, el vacío siempre da paso a la ocupación, ya llegaría esa idea, esa frase, esa imagen que a veces bastan para encauzar la escritura.

En el sueño, la realidad objeta contra esa previsión. Tres días después, el panorama no varía. Una semana después, igual. Y un mes, y dos meses, y todo igual. El silencio poético la mortificaba, la cubría con una bolsa de plástico. Pero en un instante de la pesadilla, Alejandra, o el trasunto de Alejandra, oyó cómo en el piso de arriba se iniciaba una discusión. Primero planteada en términos razonables, y a continuación, a medida que tanto él como ella se calentaban, de modo altisonante. A través de la planchada que separa las viviendas, se colaban los primeros insultos. Si ella gritaba «subnormal», él vociferaba «zorra», si ella «hijo de puta», él «hija de perra». Hubo un momento, cuando la mujer lo llamó cornudo, que se cosió al techo un sosiego famélico del que siguió la caída de una silla, tres pasos firmes y un grito desesperado que enmudeció la escena con el rigor de los cuchillos. La forma de los sonidos que llegaban al piso de abajo dibujó un asesinato y Alejandra salió empujada hacia la vivienda vecina exclamando «¡mamá, mamá, mamá!». Entonces, se ha despertado. Ha sido la peor media hora en la última media hora.

Pronto amanecerá. Está alterada. Está deso-rientada y alterada. Bajo ese estado desahuciado realiza una llamada telefónica al diario La Nación y pide que le pasen con alguien de obituarios. «A estas horas, señorita, solo puedo ponerla con el personal de teletipos de la noche. Son las seis de la mañana», responde la telefonista, que

enfatiza la hora. Dadas las circunstancias —desorientada, alterada—, Alejandra se conforma con eso. Cuando responden al teléfono en la redacción, la poeta se imagina por la voz a un hombre joven, fumador y de poca paciencia, pero resulta ser especialmente atento, tal vez sin vicios. Alejandra se identifica con su nombre y apellido, y añade, modestamente, el dato de la profesión. «Es un gusto hablar con usted. He leído alguno de sus libros. ¿En qué puedo ayudarla a estas horas?» Alejandra pregunta si ya tienen avanzada su necrológica. «Es conocido que hay obituarios que conviene ir adelantando, para que la muerte no tome a la redacción con todo por hacer.»

El periodista de guardia, desconcertado, balbucea un desvencijado «¿cómo dice?». «En su archivo encontrarán información suficiente», dice Alejandra, que cuelga el teléfono sin añadir nada más. Ahora está todavía más alterada. Está sorprendida y alterada. No entiende por qué actúa a veces como actúa.

Cuando en silencio y lentamente se recobra de la sorpresa —como si acabase de conocerse del todo después de este incomprensible gesto de humor negro—, advierte que por la ventana de la habitación se intuye el amanecer. Recuerda cuando el mayordomo de Juan Ramón Jiménez, durante su exilio en Puerto Rico, entraba a media tarde en la biblioteca, donde se hallaba trabajando el premio Nobel, y anunciaba con gravedad, sin rastro de humor, mientras corría a un lado las cortinas del gran balcón: «Señor, el crepúsculo». Derrotada sobre la cama, la poeta mira a través del cristal y descansa en el horizonte que alcanzan sus ojos, como quien se apoya en una pared. El amanecer.

Estas son horas ya muertas. No ocurre nada, salvo lo que no pasa, que en ocasiones es tanto o más importante que lo que sucede. El edificio está ausente, no se levanta un rumor, no se despliega un ruido, no irrumpe una voz, no se golpea una puerta, no se descuelga la gota de un grifo. Nadie tiene tos, y es otoño en Buenos Aires. Nina Simone también ha callado hace rato. Es como si el tedio estuviese impregnado a la pintura de los tabiques, al mobiliario, a la luz que entra por la ventana, a las suelas de los zapatos, al polvo que acumulan las alfombras. Por primera vez en horas, la poeta se despega de la cama. Se arranca. El ambiente resulta opresivo, incluso para ella, acostumbrada a la angustia. La bombilla del pasillo está fundida desde no recuerda cuánto tiempo. Semanas, meses.

Hay un momento, cuando el silencio esclaviza tanto a una persona, en el que no queda más remedio que pensar, y cuando se da esa circunstancia, y uno está avasallado por una fuerza que no se deja ver, piensa en lo peor. Ella piensa en su plan. Alejandra siempre ha tenido un plan. Desde el mismo momento en que la poesía le sirvió para distraer los demonios, el plan ha estado ahí, en espera. ¿Cómo no me extraigo las venas / y hago con ellas una escala / para huir al otro lado de la noche? Nunca se ha fiado de que lo bueno que le ha pasado en la vida pudiese durar demasiado. Sabía que antes o después necesitaría un plan para escapar. «Lo bello —evoca a Rilke— no es sino el comienzo de lo terrible.»

Vestida de nuevo como si fuese a salir, sobre unos zapatos negros y brillantes, la poeta se pone a ordenar su habitación. La colcha, los cojines, la alfombra. Alinea los libros que hay sobre el escritorio. Le da pena no poder leer los volúmenes que tan cariñosamente Julio le ha hecho llegar desde París. Guarda en un estuche sus rotuladores, con los que llena sus cuadernos y de los que nunca se separa, vaya a donde vaya. Revisa los tres cajones de la mesa y saca todas las pastillas. Ingiere tres y a continuación otras tres, de golpe. Otra vez coloca en el tocadiscos el LP de Janis Joplin que le regaló Fernando Noy. Se pinta los labios con un gesto tímido pero coqueto, y hace otro tanto con las muñecas que decoran las estanterías.

Ha alcanzado los treinta y seis años. Y hasta aquí ha llegado, se dice. No mucho más puede avanzar. Otros no han alcanzado ni a eso. El paciente de la habitación 27, en el psiquiátrico de Pirovano, tiene treinta y dos años, y está convencido de que morirá antes de cumplir los treinta y cinco. Así ha ocurrido con sus padres, tíos, abuelos, tatarabuelos. Presiente que antes de que llegue a esa edad habrá muerto. No muerto en sentido figurado, sino al estilo literal, con extremaunción, funeral, entierro, flores. Alejandra no ha hablado mucho con el Loco Florencio, pero lo ve actuar y le tiene miedo. Lo cierto es que su apariencia saludable y atlética invita no tanto a pensar que le quedan tres años, a lo más, como que tiene cuerda para rato. «Las apariencias engañan», asegura el paciente cuando le dicen que no tiene pinta de morirse pronto. «Mi padre ejercía de abstemio y corría los cien metros en trece segundos, y una semana antes de plantarse en los treinta y cinco lo aplastó una camioneta del circo.» Su abuelo no fumaba, no abusaba de las comidas grasas, no coqueteaba con la ginebra, y poco antes de la fiesta del trigésimo cuarto

cumpleaños se le organizó el entierro después de una embolia.

Ella no precisa más años. Avanza hacia el fin. Tiene vistas ya a la ruina. Ese estado mezcla de ausencia y desesperación total la empuja a tomar la tiza y escribir su último verso sobre la pizarra. «No quiero ir nada más que hasta el fondo.» Intuye que en ese momento acaban de pasarle mil cosas por la cabeza, porque siente como el golpe de una cascada de agua a la altura de su frente. Nada retiene. Las pastillas la guían por un lugar despejado. Pero eso todavía le parece insuficiente. Ve nubes altas. Ingiere todo el Seconal sódico que hay en casa. Cincuenta pastillas. Hace un intento de evocar las fructíferas amistades, aunque todo se desmorona como una ráfaga de otoño. La muerte se muere de risa pero la vida / se muere de llanto pero la muerte pero la vida / pero nada nada nada…

Boston

Antes de presentarse en la consulta de la doctora Rachel Schwartz, Anne se detuvo a repostar en la gasolinera de la calle O'Neill, al norte de la ciudad. Después de llenar el depósito del Cougar se dirigió al Planet para comprar cigarrillos. Llevaba seis horas sin tabaco. El día anterior había regresado de Belmont, a donde acudió para recitar y beber, y esta mañana aún arrastraba síntomas de resaca. Tal vez por esa razón pidió café en lugar de vodka, en una clara maniobra de emboscada. Eran las diez de la mañana y cuatro hombres se acodaban en la barra. Sus miradas estaban perdidas, como sonámbulos. Tres de ellos se volvieron hacia Anne y la saludaron con familiaridad. Se conocían bien. Se trataba de Mark Thompson, Timmy Sheraton y Nicolás Troitiño, empleados del taller mecánico que había enfrente de la gasolinera. También eran clientela ordinaria.

Charly, el dueño, arrancó el Boston Globe de las manos de Nicolás, que había llegado hacía siete años al país desde España, donde era marinero, y se lo entregó a Anne. «Ya conoces las normas de la casa», esgrimió Charly con una mueca postiza, de madera. Las reglas señalaban que cuando Anne entraba en el bar había que liberar el Boston Globe, y punto. Nicolás las conocía perfectamente. «Voy a pensar que la prefieres a ella antes que a mí», dijo de buen humor, pese a las reglas. Anne se separó un poco de la barra, aunque sujetándose a ella con las dos manos, y le regaló una sonrisa y un guiño de ojo.

Pero, desalentada, no pasó de la primera página. El periódico se empinó de repente, igual que una botella. La portada recogía la fotografía de un Richard Nixon en silla de ruedas, empujada por su hijo y su esposa. Se le atragantó la resaca. Nunca se le atragantaba una resaca, lo que daba una idea del asco que le producía Nixon. El expresidente, con la pierna izquierda en alto, abandonaba el Long Beach Memorial Hospital, en el que había ingresado el 23 de septiembre para seguir un tratamiento contra la flebitis. Su sola imagen le quitó a Anne las ganas de abrir el diario. Se limitó a recorrer la portada, en la que también se informaba de la concesión del Premio Nobel de Literatura a Eyvind Johnson y Harry Martinson,

ambos suecos.

Charly, con las manos mojadas, señaló la parte inferior del Globe. «Esto se va a poner caliente», vaticinó. Según el titular, la Unión Soviética había realizado pruebas de lanzamiento de misiles submarinos desde el Ártico. Anne mostró indiferencia, demasiado afectada por el expresidente del país, cojo e imbécil. «Ponme un vodka, Charly», pidió finalmente, para devolver las cosas a su lugar. Había que remontar aquel estado de ánimo inducido por Nixon. Cerró un segundo los ojos, e intuyó sobre ella los mismos «pájaros grises» que habían obsesionado el corazón de su amiga Sylvia Plath.

El cuarto hombre de la barra era Michael Doherty, que había actuado como si Anne no estuviese en el bar. Y no porque no se conociesen. Se conocían. Al final de la barra, con una visera calada hasta las cejas, parecía todavía enfadado por la actitud de Anne con él hacía tres semanas, cuando coincidieron en el pub Leonard. Habían estado follando con cierta asiduidad durante un mes, sin que tuviese mayor importancia, pero esa noche Anne le pidió a Michael que se perdiese. «He tenido suficiente», añadiría. A Doherty le sentó como una patada en la barriga, pero no pudo hacer otra cosa sino perderse entre la clientela, como tantas noches. Hasta hoy, en el bar de Charly, en una mañana soleada de octubre, no habían tenido que reencontrarse. Anne lo miró directamente, retándolo. Lo cierto es que le costaba no sentirse atraída por un joven de apenas veinte años —ella le doblaba la edad— tan guapo y fuerte. Sería capaz de follar con él ahora mismo —pensó—, en los baños del bar, o en el asiento trasero de su Cougar. Pero Michael, con toda probabilidad, no estaba preparado mentalmente para que a ella le apeteciese follar en esas condiciones y en este justo momento. Era tan inmaduro —sospechó Anne— que tal vez todavía se sintiese ofendido.

Dobló en dos el periódico, y con un bolígrafo de color rojo que sacó de su bolso escribió, en la parte superior:

Tomaos una a mi salud.

Luego, apartó el Boston Globe para hacer sitio al vodka. El primer

trago la regeneró. Fue automático. Charly le había servido una copa equilibrada, para las mañanas, que le devolvía la lucidez robada por la resaca y por Nixon. Era una introducción perfecta para pasar del bar a la consulta de la terapeuta Schwartz.

Llegó quince minutos tarde al pequeño piso de su psiquiatra, emplazado al este de Boston, en un barrio bullicioso, en busca de la superación de una vieja decadencia, al que comenzaban a mudarse profesionales de distintos sectores que lentamente empujaban a otras zonas a camellos y prostitutas. Cuando Rachel Schwartz todavía la recibía en horario de tarde, habían intentado violarla en una ocasión, y le habían robado el bolso en otras dos. Fuera de eso, el barrio le parecía un lugar apacible e inspirador. Desde la ventana de la sala de espera, Anne distinguió perfectamente a dos prostitutas del turno de mañana haciendo la ronda. Otras dos mujeres aguardaban en la misma sala, leyendo revistas. Aquí dentro, / es la misma vieja panda, / la misma escena decrépita. / El alcohólico llega con sus palos de golf. / La suicida llega con una reserva de pastillas cosidas / al forro de su vestido de novicia.

«Tienes cara de cansada», comentó la doctora al enfrentarla. Bajo el umbral de la puerta, al paso de Anne, no le fue ajeno el olor a alcohol que arrastraba, como la cola de un cometa. «Has bebido», afirmó la psiquiatra.

«Necesitaba despejarme», explicó brevemente Anne, que a todo restaba trascendencia. Cada decisión que tomaba, por grave que resultase, a sus ojos estaba cargada de naturalidad. El escándalo no existía en su vida.

Retomaron la sesión del lunes, cuando se pasaron hora y media hablando de Linda y Joyce, las hijas de Anne, que, desgastadas por la enfermedad de su madre, habían abandonado la casa a tiempo de evitar también ellas la enfermedad. Aunque el pasado verano, entre amante y amante, Anne había convivido durante algunas semanas entre Joyce y sus amigos, la relación no era la misma. Y eso le dolía.

Hacía mucho que ignoraba por qué razón acudía a terapia. No existía curación posible y el alivio del tratamiento resultaba cada vez más frágil, así que ¿cuál era el sentido de no faltar nunca a la cita? ¿De qué buena razón disponía para no abandonar la terapia? En

realidad, visitaba a Rachel porque era la forma de no sentirse completamente sola. Se trataba de estar con alguien que entendía el vacío de una mujer salvajemente sola, pese a vivir rodeada de amantes y admiradores. La soledad se verificaba en mitad de la muchedumbre. Vivir rodeada también era vivir en una isla, dentro de un pozo. Había perdido toda fe en su curación. Ni siquiera confiaba en la posibilidad de estabilizarse y no caer más bajo. Nunca se derrumbaba uno del todo.

La primera vez que visitó a un psiquiatra corría el año 1948 y lo hizo empujada por su madre, empeñada en que olvidase al cirujano del que se había enamorado durante su primer año de casada. Después de tres meses de terapia, y de su primera sobredosis de somníferos, consiguió quitarse a aquel hombre de la cabeza. Pero al tiempo, inauguró una larga peregrinación por las consultas de la psiquiatría norteamericana que duraba hasta hoy.

La doctora Rachel Schwartz le caía francamente simpática. Era joven, menuda, de piel muy clara, como si no se reflejara en los espejos, y por momentos parecía no tomarse en serio ni su vida ni su trabajo. La socia ideal. Eso provocaba empatía en Anne, a la que cada vez le resultaba más difícil soportar a sus psiquiatras y sus persistentes intentos por evitar que Anne fuese Anne.

A finales de 1973, su anterior terapeuta, Laura Johnson, la había abandonado ante su «falta de cooperación». La discusión final resultó ofensiva y amarga, aunque, como a todo en los últimos tiempos, Anne le concedió una importancia nula. Había una frase, sin embargo, que iba con ella de un lado a otro desde entonces en los bolsillos, metiendo ruido, al estilo de un juego de llaves. Era como una sombra aunque guardada en un monedero. La pronunció la doctora Johnson en el torbellino de la discusión, y tras ella llegó el silencio. Ciertamente, no midió lo que dijo, pero lo dijo. «No te auguro más de un año de vida.» Anne no se hundió, ni siquiera se sintió ofendida, solo se limitó a conservar la frase en la memoria, en un cajón de la memoria, que solo esporádicamente abría, como cuando se guarda una foto amarilla o un viejo número de teléfono, por si algún día… La frase equivalía a un fantasma personal que hacía acto de presencia solo cuando se abría el «cajón». Algunos fantasmas son mujeres, / ni abstractas ni pálidas, / con pechos tan flácidos como peces muertos. / No brujas, sino fantasmas / que vienen, moviendo sus brazos inútiles /

como sirvientas descartadas. / No todos los fantasmas son mujeres, / he visto otros; / hombres gordos de blancos vientres / que lucen sus genitales como trapos viejos. / No demonios, sino fantasmas. / De uno retumban sus pasos descalzos, / mientras da bandazos sobre mi cama.

Pocas semanas después de la ruptura cantada con Laura, se incorporó a la terapia de Rachel Schwartz, por la que generó simpatía desde el primer minuto, cuando establecieron las normas en las que se desarrollarían las sesiones y acordaron que se podría fumar libremente, sin restricciones. Por esa razón, antes de acudir esa mañana a la consulta, Anne se hizo con una cajetilla de Salem. En hora y media de excavación en sus demonios podía fumar veinte cigarros. Hoy, sin embargo, Anne hizo algo tan extraño —poco antes de finalizar la sesión— como abandonar el paquete de tabaco y el encendedor detrás de un jarrón con margaritas mientras Rachel atendía una llamada telefónica.

Después de colgar, intercambiaron algún comentario más sobre las hijas de Anne y quedaron en verse el próximo lunes. Diez minutos después, Schwartz descubrió el paquete de tabaco y el mechero detrás del florero. Era imposible que Anne los hubiese abandonado ahí ingenuamente. Le extrañó y empezó a temerse algo, aunque no sabía el qué.

Sant Cugat

La vida le había enseñado que no hay que guardarse nada para mañana. El futuro no existe, el futuro ya pasó. Acaso solo hay que confiar en que en algún momento luminoso el pasado traiga algo nuevo, como el mar arrastra a la playa viejos cadáveres. Hay personas que viven de cara al futuro; otras, al pasado. Gabriel vivía con vistas a la Historia. Él se conformaba con saber de dónde venía y cómo había llegado a donde estaba. No se interesaba nunca por el lugar al que iba. Por otra parte, disponía ya de esa información, aunque hacía mucho tiempo que la guardaba secretamente.

Carmen le sirvió una copa más, a condición de que fuese la última. «Por hoy ya es bastante, Gabi», y le puso una mano en el hombro. Él sonrió y le preguntó si conocía el telegrama que recibió Mauriac de André Gide al día siguiente de la muerte del autor de Los monederos falsos. Carmen Rojo meneó la cabeza, como hacen los caballos para apartarse las moscas de los ojos. Nunca había oído hablar de Mauriac. El telegrama era más bien breve. Decía: «El infierno no existe. Suéltate el pelo. Stop. Gide».

El bar se había quedado vacío. La dueña se acercó a Gabriel, levantó su vaso y pasó un trapo por debajo. Luego, se sentó a su lado, cara a cara. En esa soledad, dividida entre dos, ella le pidió que le recitase algo, aunque fuese breve, y él no acostumbraba a recitar. No lo hacía, de hecho, desde el 25 de abril de 1970 —y ya entonces fue una excepción—, en la sala Gran Price de Barcelona, un local especializado en espectáculos de boxeo y lucha libre que ese día acogió el I Festival Popular de Poesía Catalana. El Price de los Poetas, según se popularizó posteriormente, acogió a autores como Joan Colomines, Agustí Bartra, Feliu Formosa, Joan Oliver (Pere Quart), Salvador Espriu, Jordi Tejedor, Joan Vinyoli, Rosa Leveroni, Josep Palau i Fabre, Joan Brossa, Jordi Sarsanedas, Josep Maria Llompart, Jaume Vidal i Alcover, Xavier Amorós y Francesc Vallverdú. También a Gabriel. Este interpretó la «Cançó del gosar poder».

En la madrugada, mecido por Carmen y la ginebra Giró, recuperó aquellos versos. La voz rota y chillona de abril del 70 fue sustituida

por el susurro, que naufragó paulatinamente hasta el último verso, en el que un Gabriel renacido recitó firme aunque zigzagueante: «Vete con ojo, general, que una patria / se atreve a poner mucha esperanza en ti. / No te atrevas, no, a poder perder batallas. / Pero tampoco tienes que ganarlas todas. / Si tienes napalm para sembrar campos del Norte, / atrévete a poder perder guerras del Sur».

El bar se rompió como un juguete muy usado y se quedó en silencio. Hasta las maderas dejaron de crepitar, una operación de acomodo entre unos tablones y otros que siempre ejecutan por las noches, cuando casi nadie los oye. En esa atmósfera clandestina, Carmen le lanzó a Gabriel una pregunta a la que llevaba mucho tiempo dando vueltas, a semejanza de un caldo casero que requiere lentitud y poco fuego. Ahora estaba al fin madura y la curiosidad le quemaba dentro. «Gabi, ¿y tú por qué no has vuelto a escribir poesía?» Tal vez su amigo llevase tanto o más tiempo dando vueltas a la respuesta, porque no tuvo que pensarla. «El verdadero poeta deja de hacer las cosas cuando ya las sabe hacer, no las alarga, porque entonces hace estilo de su propio estilo.» Quizás no era el tipo de respuesta que su amiga esperaba, pero resultó suficiente, pues se dibujó cierta satisfacción en su rostro.

Camino de casa, Gabriel recordó el comienzo de «El nadador», de John Cheever, cuyos primeros párrafos sabía de memoria. «Era uno de esos domingos de mediados del verano, cuando todos se sientan y comentan: “Anoche bebí demasiado”.» Este inicio imborrable acudía a menudo a su cabeza cuando, como ahora, salía borracho de El Mesón, con la madrugada retorcida, e iba de un lado a otro de las calles, pensando que mañana lo atosigaría un dolor de cabeza insoportable. Pero hoy el texto de Cheever llegó con otra disposición. No había venido solo, o no había venido por las razones simples con las que acudía en otras ocasiones. Era una señal; esta vez actuaba como una parábola. Había llegado la decadencia. En realidad, la decadencia había estado ahí en los últimos tiempos, pero Gabriel la redescubrió de pronto, siguiendo la estrategia de esos días en los que abres la puerta de casa y encuentras al vendedor de enciclopedias con el dedo pegado al timbre. Este era el momento, el minuto, al que el poeta más temía, el segundo en que levanta la cabeza y encuentra que se ha desdibujado y pronto olerá a viejo. Tardó en advertirlo, pero su contemplación fue brutal. Su único tema había sido siempre el paso difícil del tiempo y las mujeres que habían transitado por él, y de

repente todo eso, con su oxidación, había ocurrido ya. Se produjo una constatación atroz del presente. No había ni más mujeres ni más tiempo. Había llegado el final. No había nada más. Todo encajó porque todo volvió a su sitio. Aquella tarde de 1957, mientras acompañaba en un paseo por Reus a Jaime Salinas, había previsto que nunca llegaría a cumplir los cincuenta años. «No quiero oler a viejo, Jaime», le confesó. La decadencia se le manifestó de un modo insoportable, evidente, grosero. Vendrá el día más largo de un larguísimo / verano. De buena mañana, antes de que el teléfono / llame a playa o bosque, nos marcharemos.

Hasta ahora, el silencio en el que había caído su poesía había sido cubierto por la gramática y la lingüística, y en mayor proporción aún por una capa de tantos gin-tonics secos y fríos que el hueco permaneció oculto. Aunque, a lo mejor, el silencio que había cubierto su poesía no era tanto una causa como un efecto. Un día se lo preguntó a Baltasar Porcel: «¿No crees en la leyenda de que el alcohol es bueno para hacer literatura?»; «Nunca, nunca el alcohol me ha sugerido ni medio verso. Ni dos palabras. Cuando bebo, aunque solo sea una copa, soy incapaz de escribir. No diré, sin embargo, que, un día de bebida, esta no provoque unas asociaciones mentales extraordinarias, las cuales otro día, estando sobrio, puedes aprovechar si las recuerdas».

Gabriel había tenido su momento poético, que brotó y se desvaneció en fechas concretas. Le gustaba hablar del agosto mágico de 1957, cuando su madre se fue a Londres y lo dejó solo en casa todo un verano, en el que leyó a Shakespeare seriamente, y durante un semestre releyó por ciclos, hasta descubrir que en poesía se podía expresar todo. De hecho, pensando en Shakespeare, escribiría «In memoriam», su poema más largo y emblemático. Y por sorpresa, a finales de 1963, su poesía cayó en el agujero. Salvo cuatro o cinco poemas breves, renunció a escribir. «No tengo nada más que decir», anunció a sus amigos más próximos cuando comenzaron a echar de menos sus versos. Sí tenía cosas que contar del hombre, la mujer, la humanidad, que eran eternos, pero nada en relación con cosas directas, experimentales, propias, y por tanto efímeras. En esto seguía el consejo de Carlos Barral, que recomendaba no acudir a la poesía para expresarse, sino para averiguarse. Esa explicación despertaba pocos aplausos. Socialmente, poseía más éxito la «confabulación pueril» que Gabriel y Jaime Gil decían seguir a rajatabla: «Un poema

—sostenían— debe tener como mínimo el mismo grado de sentido que posee una carta comercial». Semejante principio excluía un porcentaje relevante de la poesía que se escribía, admitían. «¿Qué sentido tiene decir —expuso Gabriel durante una entrevista—, como dice algún poeta, “con sangre querría hacer una canción de mármol”? Ninguno.»

Pero hoy descubrió que el agujero, que había estado ahí, oculto, dormido, quedaba al descubierto y lo reclamaba, como un viejo resentimiento. Un agujero nunca descansa mientras no se llena de nuevo. Lo advirtió entre tumbos. No articulaba palabra y apenas pudo devolver el saludo de algunas de las prostitutas con las que se cruzó de camino a casa. Las conocía por su nombre, aunque hacía mucho tiempo que no frecuentaba su compañía. El regreso a su piso fue penoso. Echó de menos, de pronto, a las mujeres que más lo habían querido. Marta, que era el ser que más amaba; añoró a Jill, a quien no acertó a cuidar como quería; añoró a Helena, que siguió su ritmo solo una temporada; añoró a María Luisa, que en los años del servicio militar, en Barbastro, le envió al cuartel La Chartreuse de Parme y Le Rouge et le Noir, de Stendhal, y no lo olvidó nunca; añoró a su madre, que también durante el servicio militar le envió un volumen de Rabelais cuyo formato, equivalente al de un misal, hizo soportable las ceremonias religiosas. Ese peso y la ginebra se hicieron insoportables y Gabriel se cayó al suelo, con la endeblez repentina de una marioneta, incapaz de esquivar tres bicicletas apoyadas contra una fachada. En vano trató de desembarazarse. El faldón de la gabardina se había enganchado en una cadena y a él le faltaban la maña y la fuerza para liberarse. Desistió, se tumbó sobre los hierros y cerró los ojos.

Turín

Cesare se queda a oscuras. Hay muchas familias de oscuridad, alguna compatible con la luz, acaso la más aguda. No sabe por qué, cierra de nuevo la ventana, tal vez por necesidad de un movimiento defensivo infructuoso. Precisa viajar a esa hora tranquila en la que todo se detiene, en una forma inútil de inexistencia. Todas las cosas puedo saberlas en la oscuridad / como sé que mi sangre circula por mis venas. Ya es mediodía. Permanece inmóvil, columpiándose en el calor, mientras piensa qué va a meter en la maleta. Finalmente, decide que se va una semana a Santo Stefano. El hombre siempre está partiendo de un lugar y llegando a otro lugar, aunque no se mueva de su ciudad.

Esta oscuridad, en mitad del día, le recuerda a aquella escuela de monjes pintores, durante la época bizantina, que antes de comenzar a pintar se encerraban en una oscuridad total. Así permanecían durante días, a la espera de que llegase el momento de crear. Entretanto, con las ventanas tapiadas para que no entrase un solo haz de luz en sus celdas, se les daba de comer por la noche. Sus compañeros de monasterio les dejaban el alimento en la puerta. Con el paso de los días, los recluidos comenzaban a distinguir matices entre la tiniebla. Llegaba una fase del aislamiento en la que el monje por fin estaba preparado para reflejar con claridad en el lienzo esa atmósfera que había captado entre la oscuridad, durante los días de encierro. De ahí provenía el hieratismo, con esos espacios irreales y esas figuras que se removían en un fondo dorado y resplandeciente.

Todos los días se le hace la noche demasiado pronto. A veces ya por la mañana. Agosto no le ha concedido jornadas de paz. Siempre es invierno aquí dentro. Tedio, muerte, desesperación, suicidio. Tenía razón cuando sostenía que el futuro procedería de un largo dolor y de un largo silencio. Los pasos de María por el pasillo, sobrevolando su habitación, como un buitre antes de caer sobre la materia descompuesta, lo empujan hacia la ventana de nuevo, que abre a medias, suficiente para distinguir su mesa, el armario, la silla, los pequeños efectos. Tiende la maleta sobre la cama, introduce una camisa, alguna muda, calcetines, todas sus pastillas, los diarios

personales, sus últimos poemas y un ejemplar de los Diálogos con Leucó que hay sobre la mesilla. Todavía algunos días, si la oscuridad se empoza, ese libro le da consuelo. Mientras completa la maleta advierte que se expande el fastidio. Lo contraría esta imprevisión. La decisión de viajar a Santo Stefano lo ha tomado por sorpresa. La irreflexión lo pone nervioso y la reflexión lo desazona. Escucha las campanas de domingo llamando a misa en la iglesia de San Andrés.

Cuando lo que precisa está en la maleta, llama a María desde el pasillo. Su hermana emerge canturreando una canción muerta, o gravemente herida. Cesare advierte que se ha recogido el pelo en una coleta. «Me voy.» «¿Cuándo regresarás?», pregunta. «Pronto.» Habla al azar, sin ningún afán por responder. Cuando todo ha acabado, son muy pocas las conclusiones a las que se puede llegar pensando. Cierto automatismo sirve mejor a la causa de explicar qué trama uno secretamente. No le gusta despedirse, también por esa razón dice que volverá pronto. En cambio, todo está acabado. Quiere mucho a su hermana. No habla nunca. Está decepcionada y herida por aquello que más le importa: la casa, las niñas, la vida, seguramente Cesare. Cada mañana se levanta al amanecer y se deja caer por la iglesia. No cree en nada, pero se abandona. Siempre ha cuidado de su hermano tras la muerte de su madre. Desde entonces, Cesare ha vivido con ella y su familia en Via Lamarmora. Mientras él estudiaba de noche, sin llevar nada a la boca para que no lo sorprendiera el sueño, ella lo esperaba para cenar. Sabe que no soporta esperar entre plato y plato. Ella se acomoda al silencio de la cocina y él come y lee al mismo tiempo.

Cesare abandona la casa y sale a la calle. La imagen de Via Lamarmora transmite una gran paz, aunque polvorienta. Por otra parte, ¿quién escucha campanas en su camino al cadalso? La comunicación se corta en el último trayecto. Pero la comunicación se interrumpió mucho antes. Pero la comunicación real nunca se produjo. Pero dos hombres no tienen nada auténtico que decirse porque nada verdadero se proyecta al exterior. Pero el corazón es hermético. Muchos peros.

Camina hasta la parada del tranvía como un fantasma. También hay varias familias de paseo, alguna compatible con la inmovilidad. Él se desplaza pero está siempre en el mismo punto, fantasmal. Cuando llega, deja la maleta en el suelo y se sienta sobre ella. Se abandona. Transcurre un minuto sin que suceda nada a su alrededor. En eso

consiste el abandono. Quietud. Ausencia. Desierto. Lo ataca desde la mañana una modalidad del silencio que experimentó en sus días en la prisión de Brancaleone Calabro. La diferencia es que estos son los últimos silencios. En el alma extraviada / canta en voz alta, altísima, la soledad / una canción borracha de la vida. Le parece el minuto más largo y vacío de su vida, hasta que, por la esquina, irrumpen dos muchachos. Tienen las rodillas desolladas.

Pasan por delante de Cesare sin reparar en su presencia. La infancia es una cierta indiferencia alegre, como cuando mascas chicle mirando un cruce de caminos y esperas a que pasen cosas. Dan patadas a una lata de sopa. «Yo soy Valentino Mazzola», dice uno. «Pues yo soy Ezio Loik», dice el otro. Cesare ensaya una sonrisa. Solo es un proyecto fracasado, como toda sonrisa sobre la que cae un jarro de agua fría. Nunca le ha interesado el fútbol, pero es imposible vivir en Turín y no saber que Mazzola y Loik jugaban en el Grande Torino que se estrelló en las inmediaciones de la basílica de Superga con el avión en el que regresaban de jugar contra el Benfica, en Lisboa. Mazzola era el capitán, y con él al frente, el equipo había conseguido cinco scudettos consecutivos en la última década. Aun en el caso de aborrecer el fútbol, aquel equipo le resultaba simpático. Se le imponía como una alegría inevitable. Pero el año pasado, en mayo, desaparecieron los dieciocho jugadores de la plantilla, además de los dirigentes y los periodistas que los acompañaban en aquel vuelo.

Sube al tranvía. Va casi vacío. Agosto es un mes para huir. Los cuatro pasajeros esparcidos por el vagón actúan como si viajasen solos. Son zombis. La soledad es el escenario de la muerte, y cuando se vuelve absoluta, tan verídica que no se concibe que dos personas se comprendan, entonces ha llegado el final. Este es su traslado al reino de los muertos. El vaivén del vagón lo acuna hasta casi adormecerlo.

En la parada de Piazza Solferino descienden dos pasajeros y sube otro. Desde su asiento, al final del vagón, le parece reconocer en él a Primo Levi. Apenas tiene tiempo de fijarse en su cara, porque se acomoda en los primeros asientos. Está casi convencido de que es Primo, pero no seguro. También está demasiado mecido por el tranvía como para levantarse a saludarlo. No desea hablar con nadie. El silencio lo acerca a la muerte, y eso es ahora todo lo que necesita.

Primo Levi le despierta a menudo sentimientos de culpabilidad. En

ocasiones, cuando piensa con perspectiva crítica, sabe que se equivocaron al rechazar el manuscrito de Si esto es un hombre. Buscando lo nuevo, pasó ante ellos lo clásico, que es a veces lo revolucionario, y no apreciaron su valor. Cuando Levi llegó a la editorial Einaudi con su manuscrito, Cesare se fijó más en el hombre que en el texto, y eso lo condujo al error más rápidamente. Después de sobrevivir a Auschwitz, Primo se había incorporado a su puesto de químico en una fábrica de pintura. Cada día, al acabar su jornada, tras diez horas de trabajo, se quedaba escribiendo, mientras la industria permanecía vacía. Le pareció admirable, pero poco poético, y Cesare dejó escapar aquel texto. Qué error. Natalia, cuando tuvo la última palabra elaborando el informe de lectura, perfeccionó la equivocación.

Mira a través del cristal. Repara en su reflejo. Ve a un hombre acorralado por el tiempo, ya cumplido. Cierra los ojos, desearía ser ciego, pero sobre la oscuridad también se ve. Reconstruye el rostro de la mujer que llegó en marzo, Connie se le presenta fantasmal y dolorosa para recordarle el fracaso de estar solo, de no tener casa propia, de no dejar hijos, de no ser querido con pasión por una mujer. También la noche se te asemeja, / la noche remota que llora, / muda, en el corazón profundo, / y las estrellas pasan cansadas. / Una mejilla toca una mejilla, / es un estremecimiento frío, alguien / se debate y te implora, alguien / perdido en ti, en tu fiebre.

El tranvía lo deja en la Piazza Carlo Felice, frente a la Stazione di Porta Nuova, de donde parte el tren hacia Santo Stefano Belbo. De pronto, en mitad del mediodía, con un calor insoportable, ajeno, siente que todo lo que lo rodea pierde sentido, se vacía, se inmoviliza, se transforma en un decorado, se hace de noche. Sabe, inmediatamente, que no irá a Santo Stefano.

Esto tiene que acabarse. El suicida siempre ha de estar preparado, con su maleta hecha. Sabe que la decisión puede cristalizar en cualquier momento. Incluso el menos pensado. Ese es, habitualmente, el mejor momento, cuando nada presagia la confusión definitiva y todas las puertas se cierran. El fin se desencadena imitando una tormenta en verano. No puede ir a ningún sitio. Ni cobijar esperanzas. Fin. La angustia es tan insoportable que no consigue avanzar. La realidad se vuelve impermeable. Hay ante él una pared para la que no existen puertas. Es como si las cerraduras del mundo se derritiesen porque no existe un sitio para una persona como Cesare. Todo está

escrito. Lo que le acontece a un hombre no es sino lo que había pronosticado su pasado. Se exime del esfuerzo de luchar contra eso. Hace mucho tiempo que lo entiende así. Él sabe que está condenado. Lo supo hace tanto tiempo que ha procurado que su memoria abrasase ese conocimiento. Aunque es imposible. Lo que ha sido será. El pasado no se cambia, está ocurriendo siempre.

Buenos Aires

Cuando se queda sola, prepara un té y calienta un poco de caldo, que sorbe sin ganas. Ya se ha acostumbrado a hacer las cosas que no le apetece hacer, así como a desistir de las que sí le interesan. Luego, telefonea a Esmeralda Almonacid para tratar de verse por la noche. «No va a poder ser, amor», se disculpa Esmeralda, que se ha comprometido a cuidar del hijo de su prima, que «hoy cumple su quinto aniversario de casada y sale a cenar con su marido». La poeta, como si tuviese miedo a pasar la noche consigo misma, llama a Víctor Richini y a Jorge García Sabal. El primero está fuera de Buenos Aires, de modo que tiene excusa; Jorge le habla con franqueza y le confiesa que por nada del mundo desea moverse del sofá, donde «domestica» una resaca salvaje. La perspectiva de quedar con Alejandra, y en el apartamento de Montevideo 980, insinúa la presencia de más alcohol, y no lo necesita. Despacha la oferta de su amiga con un «no, ni loco».

Entra la medianoche en casa, como si viniese a robar. Alejandra repasa la pequeña nota manuscrita que Julio acompañó a los libros que el misterioso visitante entregó a su vecina. Ama esa letra, le parece sabia, a la altura solo de Cortázar. La fascinación por los secretos que oculta la grafía de las personas había sido una constante en su apasionada relación con la literatura y sus herramientas. No puede leer textos escritos a mano sin aspirar a descifrar en las líneas de puntos signos de la personalidad de su autor, cuando no sombras de su vida. Sus días en París le dieron ocasión de conocer poetas gigantes, genios, cuya letra, en cambio, les restaba interés. El caso de André Pieyre de Mandiargues resultaba paradigmático. Buen amigo e incluso buen poeta, su letra negaba la idea de la literatura. Nunca conoció nada igual. Aquella letra atormentaba a quien se exponía a ella durante demasiado tiempo seguido. Causaba en la retina un efecto parecido al del sol. Poseía un poder de penetración y derribo comparable a fuentes de luz de gran intensidad. No debían leerse más allá de unas pocas líneas. Por otra parte, era innecesario, ya que nadie podía descifrarlas. La letra desentrañaba al lector por el método de marearlo y enviarlo a una espiral de la que solo podía salir convaleciente, a veces loco.

Recuerda que la caligrafía asesina de André derrumbó en una ocasión a Octavio Paz. En aquellos días, Alejandra trabajaba como mecanógrafa de la revista Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, dirigida por Germán Arciniegas, pero ya pertenecía al comité de colaboradores extranjeros de Les Lettres nouvelles, de modo que era asidua a las reuniones del consejo editorial, así como a los encuentros posteriores en los bares parisinos, en los que era habitual verla recitando y bebiendo en compañía de Yves Bonnefoy, Maurice Nadeau, Henri Michaux, Paul Verdevoye, Italo Calvino o el propio Pieyre de Mandiargues. Una noche, cuando ella todavía vivía en la Rue de Luynes, habían estado bebiendo en su casa, hacinados pero cómodos, hasta que se acabó el alcohol. André Pieyre propuso continuar la fiesta en su apartamento, donde la bebida era inagotable, pues guardaba cajas enteras de whisky debajo de la cama, por si un día Francia quedaba desabastecida.

A las cuatro de la madrugada, Octavio Paz —que para entonces ya había escrito el prólogo de Árbol de Diana— se ofreció a recitar subido a una silla los poemas que había estado escribiendo Pieyre de Mandiargues últimamente. El poeta mexicano no era de los que más habían bebido, pero su tolerancia escasa al alcohol proporcionaba un sesgo letal a sus tragos. No pasó de la primera palabra. Se enzarzó en ella como en una tela de araña, la tartamudeó, la abrió en canal, se perdió en su orografía imposible, hasta el punto de que lo indispuso, como si aquella letra lo hubiese rociado con un gas venenoso. Paz comenzó a balancearse sobre la silla, cayendo finalmente hacia atrás, sin consciencia. Nadie pudo evitar el golpe contra el volumen sexto de L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers que había sobre la mesa, y que Pieyre de Mandiargues había comprado a un precio de ganga a un librero en apuros semanas atrás. El golpe contra el noble tomo amortiguó el posterior batacazo contra el suelo, adonde Paz llegó con los ojos en blanco. Cuando recuperó la consciencia, atribuyó el desmayo a la «endiablada y criminal letra de André».

La letra de Cortázar era lo contrario al caos. Era la seda, era la luz, era la magia, era el abrazo, era la risa. Era el trasunto perfecto de Julio. Alejandra piensa en él a menudo. Si ella llegó un día a París llena de expectativas, y abandonó la ciudad contra su gusto pero convertida en una poeta madura, en parte fue gracias a él y otros amigos como Octavio Paz o Rosa Chacel. Hasta que lo conoció, vivió

sola y perdida. De hecho, cuando llegó a Europa, en junio de 1960, se vio obligada a convivir en la campiña francesa con unos tíos a los que aborrecía. Fueron tres meses desesperantes, hasta que se presentó en París y alquiló en la Rue Saint-Sulpice una pieza oscura que bautizó como navío naufragante a lo Rimbaud. Era tanto el frío que cada vez que entraba en casa debía resguardarse en la cama, envuelta en varios jerséis y mantas, como su admirado conde de Lautréamont.

Conocer a Julio lo transformó todo y la empujó a la mayor aventura social e intelectual que cabía vivir en el París de los años sesenta. El cariño que la joven poeta había despertado tanto en Cortázar como en su compañera en aquellos tiempos, Aurora, los llevó a procurarle trabajo en los momentos difíciles.

Ante la nota de Cortázar, recuerda el día que se presentó en el cuarto que ella había alquilado en la Rue du Bac. Cuando abrió la puerta, aquel hombre alto y barbudo, que le sonreía con entusiasmo, sostenía el manuscrito de Rayuela bajo un brazo, como una baguette. La imagen se grabó para siempre en su memoria. Julio, puerta, barba, brazo, manuscrito. Le propuso mecanografiarlo. A ella le iría bien el dinero y él podría buscar al fin editor para la novela que le concedería la gloria. Ella atravesaba una etapa extraordinariamente creativa, escribiendo y leyendo poesía sin parar todas las noches, que alargaba más allá de la salida del sol. No iba a rechazar un ofrecimiento como aquel. Además, necesitaba el dinero.

El trabajo con la máquina de escribir se fue posponiendo. El manuscrito causó tal fascinación en Alejandra que nunca encontraba el momento de transcribirlo, prefería leerlo sin parar. En el momento que lo tomaba entre sus manos, y lo leía, no podía sino extasiarse sobre la cama. El placer que Rayuela le provocaba le impedía trabajar con él. Solo era para leer. Julio empezó pronto a ponerse nervioso. Alejandra no avanzaba y las primeras páginas mecanografiadas comenzaban a urgirle.

Estaba aún lejos Cortázar de saber que la poeta había extraviado el manuscrito. «Pero ¿cómo es que lo perdiste?», la interrogó Fernando Noy el día que le confesó que no sabía dónde estaba la novela. «No lo perdí —puntualizaba ella—, simplemente no sé dónde lo puse.» Harto de la calma con la que Alejandra parecía tomarse el encargo, Julio quiso recuperar el texto. No podía esperar más. En un momento dado,

a ella se le acabaron las excusas, y cuando descaradamente evitaba al novelista para ganar tiempo, Cortázar comenzó a llamarla por teléfono de madrugada, cuando sabía que la encontraría despierta, escribiendo o leyendo. Alguna vez le tocó al propio Noy descolgar el teléfono. «Dile que no estoy… que salí… que ahora vuelvo», le pedía Alejandra con su clásico tartamudeo, entregada a su poesía. Fernando temblaba cuando la telefonista decía: «De persona a persona con Alejandra Pizarnik de parte del señor Julio Cortázar». Al fin, un día que no lo buscaba, el manuscrito apareció solo, detrás de un aparador sobre el que la poeta acumulaba toneladas de papeles, atrapado contra la pared. La novela se había escurrido en silencio, como una culebra, y había permanecido varias semanas en el ostracismo. Pero la poeta no se desvincularía jamás de Rayuela, al punto de reivindicarse como la auténtica Maga.

Tumbada sobre la cama, y escuchando a Nina Simone como en su día se la enseñó a escuchar su querido Julio, es decir, con los ojos cerrados, los músculos en retirada, imaginando que es el año 2500 y estás muerta, Alejandra siente, de pronto, que se le cae el techo encima. Ploff. Es una impresión extraña, angustiosa, a una hora que desearía estar acompañada. En realidad, el techo actúa como una metáfora del cielo, y frente a semejante inmensidad, recurre a las pastillas que guarda en los cajones del escritorio. Ingiere tres píldoras y regresa al 2500. El cielo se eleva de nuevo, aunque lentamente, hasta que vuelve a su lugar.

Boston

Era la hora, pero Anne había desarrollado el hábito de llegar siempre diez minutos tarde a los sitios donde la esperaban. Se trataba de un hábito relativamente asentado en sus prácticas que aplicaba a rajatabla cuando participaba en algún recital poético, y con mayor flexibilidad en otras facetas. Había llegado a la conclusión de que un leve retraso sobre la hora prevista le proporcionaba un mayor control sobre las cosas que ocurrían a su alrededor. Al principio, ensayó el retardo simplemente para contraprogramar la manía de su exmarido de acudir puntual a las citas. La obsesión por no llegar tarde lo había transformado en una persona irritante. Kayo consideraba la tardanza una ofensa hacia quien estaba esperando por él. Se volvió un tipo obcecado, paranoico, que intentaba estar en el lugar indicado incluso con cierta antelación. Dependiendo del tipo de cita, de la clase de persona o grupo con el que se iba a entrevistar —o simplemente beber una docena de cervezas—, la antelación podía ser de cinco, diez o quince minutos. Incluso una hora. Si intentaba llegar puntual, se agobiaba durante el camino. Porque ¿y si ocurría algo imprevisto, un accidente? Algo, cualquier cosa. Nadie estaba libre de sufrir una calamidad. Obviamente, no soportaba esperar por la gente. Odiaba que los demás llegasen tarde. No podía resistirlo. Lo desquiciaba, y esa sensación se reflejaba en su cara. Creía que había que introducir la cámara de gas para la gente impuntual. Ante este panorama, Anne se convirtió en una impuntual sistemática, aunque con la imposición de un límite máximo de diez minutos.

Antes de trasladarse al garaje, donde todo iba a encontrar su lugar definitivo, como esas carreteras que se agotan al llegar al mar, por ausencia de suelo firme, la poeta se demoró unos instantes en la cocina. Allí habían cobrado forma algunos de sus poemas en el pasado. Allí había encontrado el hilo susurrante del que luego tirar desde su máquina de escribir. Le gustaba tomar notas en una hoja sobre la mesa de madera, de cara al jardín, aunque hacía tiempo que no escribía poesía de ese modo. Preparó el último vodka, esta vez desarrollando la maniobra como parte de un gran ritual. Eligió un vaso más ancho y añadió mucho hielo. Al abrir la nevera para sacar la botella, reparó en el poema pegado a la puerta. Lo había escrito la

semana pasada y constituía su última creación, acaso su otra forma de decir adiós, de quedarse vacía, sin más poesía dentro. Desde entonces, no había conseguido escribir nada más. Ni una frase, ni una palabra. El verso le había cerrado las puertas. Llevo puesta una máscara para escribir mis últimas / palabras /… las coloca-ré / en la nevera guardada para el vodka y los tomates, / y quizás perduren.

La liturgia de la última copa incluyó subir la dosis de alcohol un dedo por encima de su medida. En su mundo, las unidades de medición hacía tiempo que eran dedos, hielos, tragos. Anne tuvo un pensamiento fugaz para un compañero de la Universidad de Colgate que concebía la ceremonia de beber como un más difícil todavía en el que a cada copa había que incrementar gradualmente la proporción de alcohol. La bebida no era sino una subida en las apuestas, y la partida solo terminaba cuando el bebedor se venía abajo, inconsciente pero no derrotado. Simplemente roto y extraviado, nunca vencido. El mismo compañero de trabajo sostenía que la bebida todavía era uno de los grandes placeres modernos a los que se accedía a un precio razonable. No estaban los tiempos para poner en peligro la felicidad.

Cuando al fin todo estuvo dispuesto, Anne se quitó los anillos y los dejó alineados sobre la mesa. Luego, se dirigió a su dormitorio, abrió el armario y extrajo un viejo abrigo de su madre que hacía años que no utilizaba. Le quedaba estrecho, pero ella se sentía abrazada por sus antepasados cada vez que se enfundaba en él. En uno de sus bolsillos encontró una vieja entrada para una adaptación de El rinoceronte, de Ionesco, a la que había asistido durante una estancia en Nueva York, y la arrojó encima de la cama. Esa casualidad le hizo sonreír con amargura, porque el protagonista de la obra, y único personaje que no se convertía en un rinoceronte, era un bebedor endiablado, un adicto.

Su Cougar rojo era el vestigio de una época mejor, o al menos una época pasada que todavía se conservaba en buen estado. No tenía una sola abolladura, el motor se conservaba como el primer día y el interior había estado siempre limpio. Anne había comprado aquel automóvil con el dinero obtenido tras ganar el Pulitzer en 1967 y desarrollado hacia él sentimientos relativamente románticos, íntimos, del mismo tipo que los que la conectaban con el abrigo de su madre. En su vida no se había hecho entender gran cosa con las personas, incluso con las muy cercanas, a excepción de Maxine, pero en cambio había desarrollado una capacidad de empatía con las cosas. Era una

gran amiga de los objetos. Se entendían, era posible la comunicación que, sin embargo, no fluía con los seres humanos. Era una mujer de las cosas.

Tras cerrar las puertas del garaje, se introdujo en el automóvil con el vaso de vodka, bajó las ventanillas, arrancó el motor y conectó la radio en un ejercicio inaudito de dar normalidad al instante más anormal. Se puso cómoda, reclinando levemente el asiento, y cerró los ojos. En el confort, evocó su último sueño, en el que llegaba a casa nerviosa, después de un día horrible de trabajo, en el que un alumno había llevado su paciencia al límite. Al franquear la puerta del salón, descubrió a un hombre sentado en el sofá, con las piernas cruzadas, que se parecía a su exmarido; de hecho, era su exmarido, pero que al mismo tiempo divergía de él; de hecho, no era su exmarido. Preguntó con un tono amenazante, con las facciones desencajadas, quién era y qué hacía en su casa. «Amor, ¿qué te ocurre?», dijo el hombre que se parecía a su exmarido, descruzando las piernas, levantándose del sofá y acercándose incrédulo a la Anne del sueño. Aquella familiaridad la desconcertó. ¿Amor? ¿De qué puto amor le estaba hablando? La escena le pareció falsa, o al menos trucada. Un espejismo. No recordaba que su exmarido fuese así, con el cabello oscuro, de aquella altura, cariñoso, de manos largas y huesudas, exactamente igual que su exmarido. Abrazada a él, se sintió atracada. Lo apartó y dio un paso atrás. No debía confiar en alguien con aquel perfil subrepticio e insólito, que era y a la vez no era su exmarido. «Hola, mamá», la saludó su hija Joyce, que entró en el salón desde su habitación con un libro de George Starbuck en el que tenía hundido un dedo para no perder la página. Anne experimentó con aquella joven la misma sensación que frente al hombre. No era exactamente la misma hija a la que esta mañana, cuando se fue a trabajar, dejó desayunando en casa. Dos sensaciones tan similares no podían ser casualidad. Algo ocurría, y lo que ocurría, pensó Anne en su sueño, era que aquellos individuos, en el papel de familia, suplantaban a los originales con algún misterioso propósito; misterioso y malévolo. La sospecha de que estaba rodeada de dobles se consolidó cuando Boby, el cocker spaniel que convivía en la unidad familiar, le echó las patas encima y ella advirtió que el aliento de aquel animal le resultaba ajeno. Anne no aguantó más y gritó pidiendo socorro. Luego, todo ocurrió muy rápido: la llamada al servicio de urgencias, el ingreso de Anne en una unidad de psiquiatría y el diagnóstico de una psicosis crónica con temática paranoide, fantástica y delirio de dobles, conocida como

síndrome de Capgras. Mientras, los suplentes del exmarido, la hija y Boby ponían en venta las propiedades de Anne. En ese punto, se despertó.

Pero eso fue ayer, ahora Anne iba cayendo lentamente en el adormecimiento mientras en la radio sonaba «Diamond Dogs», de David Bowie, a cuyo concierto en el Music Hall de Boston había acudido hacía cuatro meses, aunque este recuerdo no era más que una nube que se disipaba. Todo resultaba ya tenue, tóxico e irremediable. Tendré que hundirme con cientos de otros / en un montacargas al infierno. / Seré una cosa liviana. / Entraré en la muerte / como las gafas perdidas por alguien. / La vida está medio agrandada.

Sant Cugat

«¿Todavía no sabes que cuando digo doble quiero decir cuádruple?», preguntó con sorna mientras Carmen dejaba de servir ginebra en su vaso. La dueña del bar lo miró, sonrió y vertió un dedo más de alcohol. Gabriel se había acostumbrado a esta frase y a esta dosis en los tiempos que visitaba a diario el bar Apeadero, al lado de la sede de Seix Barral. Allí se refrescaban los empleados de la editorial a base de ginebra Giró, la más seca que existía en el mercado, según Carlos Barral, porque el catalán que la fabricaba se había querido ahorrar el coste de perfumarla. Nada cambió cuando se instaló en Sant Cugat. El Mesón pasó a convertirse en la estancia en la que Gabriel pasaba más tiempo en el cómputo del día. Carmen Rojo y él se conocían desde mucho antes de que El Mesón existiese. De hecho, su amistad se remontaba al bar Cristal, propiedad de los suegros de Carmen, situado a la vuelta de la esquina de la plaza Octavià.

Esta noche, al tratarse de la víspera de un día festivo, el bar estaba más animado que otros días. Gabriel compartió su primera copa con Antoni Comas y Dolors Lamarca, que al día siguiente partían en tren hacia París para pasar cinco días de descanso. Dolors llevaba consigo un ejemplar original de The Good Soldier, de Ford Madox Ford. Había finalizado su lectura y se lo ofreció generosamente a Gabriel, a condición de que después lo restituyese a la biblioteca del Instituto Británico. La rechazó fulminantemente. «Nada de novelas», señaló categórico, con ese gesto de rechazo que solo puede desplegar un exalcohólico ante la invitación a tomar un vaso de vino. Era cierto. Al margen de sus trabajos editoriales, hacía meses que Gabriel no leía novelas. En los últimos cuatro años, solo había leído, por puro deseo, Reivindicación del conde don Julián, de Juan Goytisolo, y La plaça del Diamant, de Mercè Rodoreda. «Pues en ese caso —respondió Antoni Comas, ante la mirada retadora de su mujer—, celebremos tu buen gusto.» Brindaron. Por otra parte, añadió Gabriel, debía mantenerse lo suficientemente alejado del Instituto Británico. Lo habían declarado persona non grata. Le venían reclamando desde hacía un lustro la devolución de The Golden Notebook, de Doris Lessing, y Live or Die, de Anne Sexton. Pasado tanto tiempo, le parecía una ridícula rendición deshacerse de unos libros que, a pesar de no ser suyos en

origen, los había acabado por adoptar.

Gabriel reparó en una mesa próxima en la que se hacía entender a gritos un grupo de jóvenes ingleses, todos borrachos o en las inmediaciones de la borrachera. Interrogó con una mirada a Carmen, que captó en detalle la pregunta. «Actores», explicó en las menores palabras. Gabriel dedujo de ahí que en algún lugar de la comarca debían de estar grabando una película. Se quedó mirando en su dirección, como si fuesen los tártaros que al fin atacan. Uno de los que integraban el grupo reparó en el poeta, que mecía la copa de ginebra con un baile monótono de su mano. Cruzaron y mantuvieron sus miradas. La de Gabriel era de admiración, pues la profesión de actor le despertaba asombro desde siempre, porque obligaba a uno a vaciarse y a llenarse con una identidad que no le pertenecía más que por algún tiempo, el que le llevase rodar sus escenas. La mirada del actor, en cambio, a Gabriel le pareció de desdén, como si le resultase indigno beber con poca compañía, apoyado en una barra y buscando el modo de emborracharse sin piedad. Ese desdén le hizo pensar en aquel hermoso diálogo entre el embajador de Inglaterra —cuyo nombre obviamente no recordaba— y Abraham Lincoln, mientras este adecentaba sus botas con un trapo. El primero le hizo saber con arrogancia que los caballeros ingleses nunca lustraban sus botas. Lincoln dejó en ese momento de lustrar su calzado, levantó la cabeza y preguntó: «¿Las botas de quién lustran ustedes?».

Antoni Comas y Dolors Lamarca abandonaron el bar, ya que todavía debían preparar la maleta, pero no tardó en llegar a El Mesón Maria Aurèlia Capmany. Preguntó qué bebía Gabriel, y sin esperar a que hubiese una respuesta pidió lo mismo para ella. Le dio un manotazo al poeta en la espalda, a modo de saludo. «Ya se te han vuelto a romper las gafas», advirtió su amiga, que era una gran observadora. Gabriel se las había quitado y enganchado en el cuello del jersey de pico que vestía. Maria Aurèlia era tres años mayor que el poeta, y al igual que él, una clienta habitual de El Mesón. Cuatro años antes había obtenido el Premio Sant Jordi por Un lloc entre els morts, que Gabriel había tenido la prudencia de no leer. Y no porque ella no insistiese.

Cada vez que se encontraban, Maria procuraba sacar el tema. Esperaba que un día, para evitar la reiteración de la escena, Gabriel acabase leyendo su novela. «No he encontrado el rato idóneo»,

respondía casi siempre, convencido de que para todo existe el momento perfecto. Esta noche, Maria atacó de nuevo, y cuando el poeta adujo que no había dispuesto de ese rato, sugirió: «Pues léela cuando estés ocupado». «Cuando estoy ocupado, ya estoy ocupado en otras cosas.» Ante la mirada de desconcierto de la mujer, Gabriel le explicó que una noche, ante una o dos botellas de ginebra Giró, Jaime Gil de Biedma le había dicho que algunos de sus mejores poemas, o los que a él más le gustaban, los había construido durante esas horas desaprovechadas en las que se prolongaba una reunión de negocios. «Los negocios son muy buenos para los negocios, pero también para el poema.» Muchos de sus versos habían sido compuestos mientras realizaba actividades completamente ajenas a la poesía. «Al poeta —aseguraba Jaime Gil— le conviene ser un vendedor a domicilio, o un tecnócrata de la administración, o un psiquiatra de segunda fila o una prostituta.» En su opinión, las actividades cotidianas, como guisar una carne con setas, afeitarse a las ocho y media de la mañana, reunirse con representantes de una marca de automóviles, eran perfectas para la poesía. «Se puede estar hablando con alguien y pensando en el poema. Es, además, bueno para el poema.» Gabriel se quedó pensando, y le preguntó a Maria Aurèlia: «¿No era el Felix Krull de Thomas Mann el personaje que al hacer el amor hablaba en alejandrinos?». «Y yo qué coño sé», respondió malhumorada, dando a continuación un trago a su copa de ginebra y abriendo el manoseado ejemplar de La Vanguardia que había sobre el mostrador. Lo hojeó de atrás hacia delante. Se detuvo en las esquelas. Las estudió. «¿Sabes qué?», preguntó a Gabriel. «No. ¿Qué?» «¿Te acuerdas de Indalecio Besteiro?» «Cómo no me voy a acordar de Indalecio. ¿Qué será de él?» «Ha muerto.» «¿Indalecio Besteiro?», preguntó incrédulo Gabriel, que se giró hacia Maria y le retiró el periódico de las manos. En efecto, había muerto.

Gabriel pidió una nueva ginebra. Ahora sí que necesitaba de verdad un trago. Los ingleses acababan de irse y el bar había recobrado cierta tranquilidad. «Por el gran Indalecio», especificó, levantando el vaso. Trató de recordar la última vez que lo había visto. Al menos, debían de haber transcurrido quince años. En ese tiempo había oído hablar de él a terceros, incluso a cuartos, que le contaron que envejecía en un asilo de Girona. Era autor de dos libros de poemas de muy pequeña tirada, y que, agotados al poco tiempo de ser publicados, nunca más volvieron a editarse por expreso deseo de Indalecio. Era un caso paradigmático de poeta fantasma. Célebre pero

inaccesible. Esta insólita circunstancia había permitido que la ausencia de libros con su nombre en librerías y bibliotecas corriese paralela al engrandecimiento de su figura como poeta de culto. La ausencia de lectores capaces de saborear sus versos había quedado compensada con la labor entregada de algunos críticos y amigos, que sí habían tenido acceso a su fantasmal obra.

Gabriel lo había conocido personalmente en los años que su poesía ya había cesado. Indalecio vivía en Sant Feliu de Pallerols, de donde no salía nunca. Era natural de Reboredo, una minúscula aldea de la provincia de Lugo, a donde no regresó jamás. Acabó la guerra, pasó hambre, olvidó su pasado. En la contienda había arrancado de una muerte segura a alguien de quien nunca quiso hablar ni concretar la identidad, y llegada la hora le pagó con un trabajo como portero en una caja de ahorros de por vida. Indalecio era un empleado en el que nadie reparaba habitualmente. Era uno de esos trabajadores grises, invisibles, en nómina pero descatalogados, que llegan, fichan, completan las horas de la jornada y se marchan sin cruzarse con nadie. Y cuando se cruzan, saludan con la cabeza y devuelven la mirada a la punta de los zapatos. Había algo de fantasma no solo en su leyenda literaria, sino también en su silueta, en su abrigo, en la suela silenciosa de su calzado.

Su vida había sido escenario de un episodio memorable, a finales de los años cuarenta, que a Gabriel le había relatado el propio Indalecio, a su cuarto o quinto encuentro. Todo había sucedido después de una larga y penosa convalecencia por un cáncer que había inducido a los médicos a darle tres meses de vida. Su familia, que formaban su mujer y su hijo, a su vez lo había dado por muerto, adelantando trámites para un entierro que parecía inminente. Hasta ese punto se había encontrado Indalecio entre la vida y la muerte. Pero, milagrosamente, se produjo su recuperación. Una mañana de mayo, todavía muy debilitado por una enfermedad que, no obstante, remitía, salió de casa a dar un pequeño paseo. Médicos y familia se lo tenían absolutamente prohi-bido, pero ese día sorteó la vigilancia. Regresó mucho antes de lo previsto, desencajado. Había descubierto algo espantoso en el cobertizo de la leña. Entró en casa irreconocible, con la mirada desplazada de la cuenca de los ojos y el gesto de la boca fuera de sus cuadrículas, perdido en un nudo imposible. Subió al desván saltando los escalones de dos en dos y cogió la escopeta de caza. Alimentó cada cañón con un cartucho, uno para su esposa y otro

para su hijo, y bajó las escaleras con la misma convicción con la que había subido. Tras convocar a gritos a su familia, les anunció que tenían cinco minutos para meter cuatro cosas en una maleta y marcharse de casa para siempre. Les preguntó si antes de salir por la puerta querían decir algo a su favor que explicase por qué había un ataúd oculto en el cobertizo, sobre la leña. Confirmó lo que se temía, es decir, que el féretro era para un Indalecio al que habían dado por muerto precipitadamente. Desde entonces, y hasta que ingresó en un asilo, vivió solo.

A Gabriel aquella historia siempre le había parecido titánica, propia de un héroe griego, y de una lógica que aplastaba a quien la oía contar de boca del propio protagonista. Aquel poeta secreto, aquel samurái había hecho lo único que cabía hacer. La discrepancia se producía cuando sus amigos trataban de persuadirlo, ya no para que volviese a escribir, pues eso, aunque le concernía solo a él, no dependía de Indalecio, sino para que facilitase el consentimiento para la reedición de su obra. Imposible. Se negaba.

«Me pregunto de qué habrá muerto», dijo Gabriel. Miró hacia Maria Aurèlia, que se encogió de hombros, se incorporó y se despidió de los presentes con un lacónico pero expresivo «me voy». Gabriel la vio partir con sus ojos vidriosos. «Una ginebra cuádruple, Carmen», pidió arrastrando las erres, como era habitual en su dicción. De pronto, lo vio todo arrasado y cayó en la tristeza por sorpresa, de ese modo inesperado y en el que uno, al pisar una tabla podrida, se precipita al pozo. Cerró el periódico y lo dobló por la mitad. Lo empujó a través de la barra hasta dejarlo fuera de su alcance.

Turín

Está triste, como previó hace quince años que lo estaría de por vida, cuando su amigo Sturadi, al pie del tren en el que Cesare llegaba de su confinamiento en Brancaleone Calabro, dejó de sonreír y le anunció que ella se había casado. Ahí comenzó la degradación, las contradicciones, el proyecto de suicidio, la previsión de la tristeza eterna. Se despierta con ese sabor de boca la mayoría de los días. Nada lo enfría. Solo lo haría su desaparición, pero lleva tanto tiempo prometiéndosela… Ya se ha acostumbrado, supone, al sabor de la tristeza, porque muchas mañanas —eso es a grandes rasgos la iniciación a la muerte— ni siquiera advierte su presencia. Es como si hubiese desaparecido, así que deduce que si no está es porque su presencia resulta tan natural y omnipresente que ya no puede notarla. Pero, obviamente, está. Todo este vacío que lleva dentro, la nada, la desnudez representan la señal inequívoca de que está, y que juntos forman la persona acabada que es, que camina todos los días hacia su suicidio, pero no llega todavía.

Esa tristeza, en lugar de retenerlo en la cama, lo expulsa. Son las once de la mañana. La cama de hierro en la que muere cada noche —advierte—, y sorprendentemente resucita, presagia la idea de «tumba» desde la infancia. Es un mensaje que se emite por primera vez en la cuna y que ya nunca se apaga. La cama le recuerda que, a fuerza de perseverar en la vida, acabará muriendo. «De pronto, un día no nos levantamos más y la metáfora de la cama se consuma», piensa con cierta indiferencia mientras se incorpora sobre el colchón. Bebería, pero el vaso que hay en la mesilla está vacío.

Esta noche ha dormido menos de tres horas, como es costumbre. En su caso parece que la noche no esté hecha para dormir, sino para torturarse con comodidad, a la abrigada, bajo techo. ¿Por qué si no se pasa el tormento sobre una cama? El efecto de las pastillas lo ha abandonado. Nada lo sosiega. Cuando los fármacos le dan a uno la espalda, se ha llegado a ese punto en el que también la vía de comunicación entre química y cuerpo es un camino muerto. En ese instante, el individuo está aislado y acorralado. No tiene salida.

No está cansado, aunque advierte el aliento del tedio continuamente, como una modalidad discreta de sombra. Está tan ligado a él que presiente su asomo incluso durante las tres horas que duerme. Si algún día desapareciese, ¿qué sería de Cesare? No sabría pensar. Ni tal vez caminar. Pesaría tan poco que lo arrastraría el viento mientras su cerebro se desmoronaría sin la argamasa monótona que proporciona el hastío cuando sopesa qué va a hacer en cada momento.

Se sienta en la cama, desahuciado, con las manos apoyadas en las piernas. Se levanta. Se odia. Despliega las contraventanas y entra una catarata de luz, que lo empuja. Abre la ventana. Cierra los ojos. Las mañanas transcurren claras / y vacías. Así tus ojos / se abrían otro tiempo. La mañana pasaba / pasaba lenta, era un remanso / de luz inmóvil. Callaba.

Mecido por la claridad, se acuerda de los dos extraños que lo abordaron ayer en el café Platti. Había escrito tres versos en un papel que luego arrojó al suelo. Su poesía ya estaba muerta. Algo no salía de él y eso lo enfureció. En ese momento emergieron entre el humo las dos figuras desgarbadas, ambas con el pelo largo, jóvenes, harapientos, y le preguntaron si podían tomar un café y hablar un rato con él. Como si hubiese algo de que hablar…

Por regla general, Cesare se niega a conocer a gente nueva. «Me importa un bledo.» Son suficientes los nombres y las caras que ya retiene. Pero, sorprendentemente, invitó a los jóvenes a sentarse con él, en lugar de apartarlos de su vista. Uno de ellos posó sobre la mesa los Diálogos con Leucó, como quien deja sus credenciales boca arriba, para que su interlocutor las admire. En ese instante, por la analogía del movimiento, recordó una partida de cartas de la que oyó hablar en Santo Stefano Belbo durante su juventud. En la medida que recuperaba ese recuerdo se lo fue trasladando a sus inesperados acompañantes. Ellos aguardaban a que les hablase de los Diálogos. Cesare notó su expresión de desconcierto cuando, con una cordialidad impropia de él, comenzó a detallar el ambiente de Santo Stefano la noche de invierno en la que Giuseppe Guilda, uno de los protagonistas de su recuerdo, salió de casa. Atrás, en la cama, quedaba su madre moribunda. Tal vez porque a su progenitora ya solo le faltaba morir, él salió con la conciencia de que dejaba todo en orden. Se encaminó a la taberna y se pegó a la barra. Bebió.

Su vecino Ricardo Belcastro —relató Cesare a los jóvenes— ya estaba apoyado en el mostrador, y caliente, cuando Giuseppe entró por la puerta. Se odiaban desde hacía treinta años porque ya se habían odiado sus padres. La presencia del uno para el otro resultaba irreal, vacía, y aunque sus miradas coincidieran, porque Santo Stefano Belbo era pequeño, sus ojos nunca se cruzaban. Aquella tarde nada fue como de costumbre. Minutos antes de que el pueblo se estremeciese al ver a los dos vecinos irreconciliables mano a mano con las cartas, Giuseppe se acercó a Ricardo. No hubo ni un saludo ni un improperio, solo un desafío: «El prado de mi padre, en el Valle Hermoso, contra el tuyo, en la Tierra de Arriba. ¿Tienes lo que hay que tener para jugarlo todo a las cartas?». «Tengo», respondió secamente Ricardo, sin pensarlo. Aquel hombre, carcomido por el odio, no tenía la necesidad del pensamiento.

Devorados por el rencor al contrincante que sus padres les habían legado como la mejor parte de la herencia, aceptaron a media partida cambiar la apuesta. El que perdiese abandonaría el pueblo, con la casa y todo lo que había en ella a disposición del ganador. Al quedar atrás la medianoche, con su melodía lluviosa, a la hora que se afilaban a lo lejos los ladridos de los perros, las cartas y el destino se confabularon. Giuseppe se impuso. Esa madrugada, cuando Ricardo llegó a casa, levantó a su mujer de la cama. Le contó lo que había pasado. Mientras ella preparaba lo indispensable para abandonar Santo Stefano y no regresar nunca, él se ausentó quince minutos. Al volver, emprendieron la marcha. El matrimonio estaba lejos cuando los sorprendió el amanecer. Giuseppe Guilda y su madre, por su parte, yacían apuñalados en su casa cuando la claridad entró por las ventanas; ella en la cama y él en la cocina, herido por la espalda de quince puñaladas. «Ricardo Belcastro —puntualizó Cesare con la pipa entre los dientes— no había querido irse con el sabor de la derrota total en la boca.»

Sus admiradores comprendieron que el poeta nada iba a decir sobre los Diálogos con Leucó. En realidad, no diría nada sobre ningún otro asunto. En cuanto a los Diálogos, estaba todo dicho desde el día que acabó de escribirlos. ¿Qué puede añadir un autor sobre su obra una vez está escrita? Cesare cayó en el silencio, dolorosamente, como si cayese de la bicicleta. Encendió su pipa. La cortina de humo los separó y ellos se despidieron.

En la vida, los demás lo esperan todo de uno —piensa sentado aún en la cama—, que tenga las ideas más brillantes, el mejor ánimo en cada momento, que enardezca al auditorio. Y lo cierto es que uno, que ya no espera nada de sí mismo, es abandonado precisamente por las ideas brillantes y el buen ánimo en ese momento de expectación.

Esta dificultad para estar a la altura en el momento que los demás esperan de uno que bordee la perfección es común incluso a las personalidades más geniales. Flavio Einaudi cita a menudo una velada que compartió con Ludwig Wittgen-stein en Ginebra. Flavio y dos amigos habían coincidido en el mismo hotel que el filósofo vienés y lo invitaron a almorzar. Todos esperaban ser iluminados por el genio, pero este se pasó media comida hablando de una loción francesa para la caída del pelo. Era milagrosa. Desprendía un olor insoportable, pero su uso sistemático garantizaba ciertos resultados. Einaudi permaneció todo el tiempo atónito, y como es un hombre extremadamente tímido, solo fue capaz de abrir la boca en dos ocasiones para decir «interesante». El resto del encuentro se limitó a intercalar algunos monosílabos relacionados con aquellos temas por los que le habría gustado interpelar a Wittgenstein, y que, sin embargo, tuvo que tragarse. Sus amigos lo imitaron, y la cita histórica con el filósofo devino en una anécdota. La decepción es una amenaza constante porque es imposible comunicarse con los otros. Cesare no puede, no ha podido nunca.

Lamenta no recordar qué clase de juego de cartas dirimió los destinos de Giuseppe y Ricardo. Cinco minutos después de que se fuesen aquellos dos jóvenes, también él se levantó. Le sentó bien caminar por una ciudad anochecida y silenciosa. Paseó en paralelo al Po, como otras veces. Entre tanto silencio, escuchó su melancolía. Por encima de todo, dominando el perímetro de la ciudad, le llegaba el fuerte olor del hollín, una huella muy familiar en su pasado. A las doce, escuchó el último pitido del tren.

Ya en casa, después de leer en griego algunos pasajes de la Ilíada que sabe de memoria desde hace veinte años, se entregó a la relectura de Wakefield, de Nathaniel Hawthorne. No entiende cómo todavía consigue brotar una sonrisa de esta tristeza que todo lo cubre y descompone. Son los misterios de la existencia, esos hechos inexplicables que, a pesar de no tener ya la menor ilusión, deparan un acto de vida de la nada. Nunca ha entendido cómo, sabiendo lo que



sabe, es capaz de incurrir en un acto negado por su saber.

Buenos Aires

Abandonada en mitad de la madrugada por el insomnio, intenta escribir, pero es imposible. Ha de conformarse con ensayar el intento. Alejandra ha escrito muchas veces hacia la muerte, y desde esa tendencia han surgido sus mejores poemas, pero ahora casi tendría que escribir desde la muerte. Algo dentro de ella le dice que hoy va a morir. Lo sabe. Ve todo cerrado. No hay afuera ni adentro, y eso significa mucho. Hace tiempo, años incluso, que vive acompañada de esta sensación, de que cada día es el final, o el antefinal, pero cada noche se olvidaba de suicidarse. La proximidad de la muerte le ha robado el lápiz, los trazos, y por eso no consigue escribir, o al revés. Hace tanta soledad / que las palabras se suicidan.

Cuando se aproxima el final, nadie puede pensar en otra cosa que no sea el propio final. A menos —recuerda— que seas Évariste Galois. Alejandra vive admirada por este matemático incomprendido, que el 29 de mayo de 1832 tuvo una disputa en una taberna a propósito de una mujer. No pudo evitar un duelo con un provocador profesional. Pactaron el encuentro al amanecer. Pero el duelo y la proximidad de la muerte de Évariste Galois es lo de menos. La historia ha guardado en mejor lugar todo lo que sucedió en la noche previa al evento. Persuadido de que iba a morir, y mientras no llegaba ese momento, Galois se dirigió a su casa y se puso a escribir febrilmente. Primero, algunas cartas de despedida a sus amigos, y a continuación, y más importante, su testamento matemático, en el que legó un revolucionario descubrimiento al ofrecer solución a un problema que hasta entonces, en virtud de las aportaciones de Niels Henrik Abel, se creía irresoluble. Eso es lo que asombra a Alejandra, la capacidad de Galois para ignorar que en pocas horas va a morir. Escribió la obra en una noche, una obra de gran peso, fundadora de la matemática moderna. El duelo se dirimió con espadas, contra el campeón de esgrima del ejército francés, y Galois falleció, como había previsto. En su caso alguien encontró la fuerza, si no el buen humor, para hacer algo creativo a sabiendas de que en pocas horas moriría.

En el silencio que le devuelve la poesía, por primera vez Alejandra teme a la noche. Hasta ahora había sido su último refugio, el

momento de paz, la hora en la que todo se salva después de pasear por el barranco. No me entregues, / tristísima medianoche, / al impuro mediodía blanco. Todo lo bueno que le había pasado en la vida se había producido en la noche. Su biografía se estructura, de hecho, sobre un índice prolongado de noches. Los grandes recuerdos, las grandes verdades, los momentos brillantes, la carrera apresurada y frágil de la felicidad ocurrieron mientras el mundo dormía. No hay una noche, sino muchas. Hay las noches del whisky y las noches del vino, incluso las noches del té y el agua mineral. Hay las noches de París y hay las noches de Buenos Aires. Hay las noches de los años cincuenta y hay las noches de los sesenta. Hay las noches en casa y hay las noches en los bares. Hay las noches de la cordura y las noches del delirio. En todas, la poesía atraviesa por el medio, como el aullido de un lobo.

Con todo el silencio del edificio burbujeando en su habitación, la poeta elige para recordar la noche de Oliverio Girondo. Fue en el 54 o el 55, no sabe precisar, y todo cambió para siempre, aun cuando en el futuro habría más noches en las que todo volvió a cambiar invariablemente. Entró en la mítica casa de Girondo de la mano de Juan-Jacobo Bajarlía, que durante las clases que Alejandra siguió en la Escuela de Periodismo la introdujo en las literaturas de vanguardia. Se hicieron amigos íntimos. La noche se transformó no tanto en el tiempo como en su lugar. En ese territorio acontecían las únicas cosas que le interesaban. Conocer a Bajarlía fue el salvoconducto para acceder luego a Edgar Bayley, Aldo Pellegrini o Enrique Pichon-Rivière.

Cuando aquella noche del año 54 o 55 se disponía a conocer a Oliverio Girondo, Alejandra había oído contar increíbles historias del introductor de las vanguardias en América. Entró en su casa de la calle Suipacha 1.444 y rebasó la puerta detrás de Bajarlía. En las sombras se encontró de bruces con un espantapájaros. Estaba vivo. Entonces recordó la leyenda más célebre de Oliverio, que remitía a 1932, año en que vio la luz precisamente su libro Espantapájaros. Aquello motivó un gran escándalo en Buenos Aires. Extasiado, Girondo diseñó un gran recibimiento para difundir su obra, contratando un coche coronario tirado por seis caballos y guiado por un cochero con lacayo. Tras ellos, se acomodó un gran espantapájaros con chistera, monóculo y pipa, alrededor del cual revoloteaban unos cuervos. Semejante carroza publicitaria, desconcertante y tétrica, paseó por la ciudad durante varias semanas. La experiencia resultó un éxito sin

precedentes en Argentina, y la obra agotó su primera edición en un mes.

Oliverio estaba sentado en una butaca con orejas, deshilachada por los gatos y con quemaduras de tabaco por las que asomaban las tripas del asiento. El tipo sostenía un vaso en las manos, sin hielo. Se trataba de Oliverio, así que solo podía ser whisky, cuyo consumo había sustituido por el agua. Sobre sus piernas reposaban las pruebas de imprenta de un libro que con el tiempo también acabaría volviéndose mítico: En la masmédula. Al lado del poeta, con un gran puro en la boca, Norah Lange, su mujer, soltaba una gran carcajada. Daba miedo. Había más gente en la casa, y muchas voces sonando al mismo tiempo, nada en todo caso en lo que Alejandra reparase con interés, demasiado emocionada por ingresar en el templo del vanguardismo y ser ya consciente —inconscientemente— de que a esa hora se producía una ruptura con su mundo literario anterior. Meses después, de hecho, publicaría La tierra más ajena, su primer libro, que a la vuelta de los años, a disgusto con sus poemas, fue quitando a quienes se lo había regalado.

Algo se quiebra dentro de Alejandra como una rama seca. Siente ganas de llorar. Pasan algunos minutos. Llora, por fin. La noche la desespera con el silencio improductivo que propone. Precisamente, la noche y el silencio. Es como si sus aliados, en su peor momento, se volviesen contra ella y maquinasen eliminarla «con brío pero sin saña», cortándola «como manjar digno de los dioses y no como carnaza para perros», como si su sangre tuviese que correr a toda costa, al ejemplo del drama romano de Shakespeare.

Toma otra pastilla. Hace un intento por escribir a Cortázar y agradecerle el envío de los libros, pero también la prosa se le niega. Ahora lamenta no haberle pedido a Olga que se quedase a pasar la noche. La soledad no siempre da compañía. Yo no sé de pájaros, / no conozco la historia del fuego. / Pero creo que mi soledad debería tener alas.

En la mesilla de noche, en labores de vigilancia, permanece el ejemplar de Niebla, de Unamuno, que el viernes, al dejar el psiquiátrico de Pirovano, pidió prestado a Roberto Yahni. No puede sino sentir frío. Su destino confluye ya con el de Augusto Pérez, ella se siente también un ser ficcional, un fantasma, alguien que deambula

entre el sueño y la vigilia, la vida y la muerte. Nada posee sentido, y a ese vacío se añade, como en la novela unamuniana, la preocupación literaria. Su poesía ha desaparecido. La jaula se ha vuelto pájaro / y se ha volado / y mi corazón está loco / porque aúlla a la muerte / y sonríe detrás del viento / a mis delirios. / Qué haré con el miedo.

Boston

Pensó en su vagina y en que acaso tendría que escucharla, de otra forma el poema no se volvería necesario, no crecería hacia las profundidades. Anne no podía escribir de verdad, comprometiendo su vida, si antes la voz de las cosas no le susurraba. Todo poema es una transcripción de las confidencias de una voz que se dirige a la autora en un registro solo descifrable por ella. Es la voz inaudible. Sentada ante su máquina de escribir, en el pequeño despacho que se había procurado en su solitaria casa de Weston, cerró los ojos y dejó caer sus manos sobre sus piernas, lentamente. Despacio, subió el vestido hasta las caderas e introdujo una mano entre las bragas. El silencio apretaba la casa y ella comenzó a acariciarse, buscando la confesión de la vagina en las postrimerías de la tarde. Se masturbó arrastrada por una ola imprevista, sin margen para advertir en qué medida le había hablado la voz. Se sintió vacía e inútil. No captó el susurro. Pero eso era ya normal. Hacía una semana que no completaba un verso, e impotente, se abrazó a su máquina de escribir. En aquella Underwood había escrito parte de su obra. Sintió vértigo. ¿Y si ya era una autora vacía, agujereada, desecada?

El pánico la empujó a su bolso, donde hurgó hasta encontrar su medicación e ingirió dos pastillas sin beber. Representaba el movimiento de una liturgia aprendida, como el cura que abre el sagrario y extrae en cada ceremonia el cáliz, elevándolo sobre su cabeza para pronunciar luego las palabras de siempre. Traficante de sueños, / tra-ficante de muerte, / con pastillas en mis manos cada noche, / ocho a la vez sacadas de dulces botes de farmacia, / hago los preparativos para un corto viaje, / soy la reina de este estado. / Soy experta en hacer el viaje invicta / y ahora dicen que soy una adicta.

Cuando los calmantes bajaban por su garganta, sonó el teléfono rojo que había hecho instalar en el despacho para hablar con Maxine. Disponían de una línea exclusiva, solo para largas conversaciones. «¿Qué haces?», preguntó Maxine, aburrida. «Acabo de masturbarme.» «Qué bien. Tal vez también yo haga lo mismo más tarde. Estas cosas son contagiosas, como los bostezos. Te llamaba porque acabo de encontrar entre las páginas de un libro de poemas de Pavese una foto

tuya. Apareces junto a Sylvia. Estáis sentadas en la hierba. La foto se fechó en enero de 1960.» «Ese libro también es mío», dijo Anne antes de caer en unos segundos pensativos. «Ya sé. Esa foto la tomó Lowell, en el Boston Common, después del taller de poesía. Me parece que fue un jueves. Fue un jueves, no hay duda. Lo recuerdo perfectamente porque al día siguiente Sylvia y yo tomamos un autobús y pasamos el fin de semana juntas. En realidad, nos habíamos fugado para suicidarnos.»

«Nunca me habías contado nada acerca de esa historia», dijo Maxine, acomodándose en el sofá. «No sé por qué no lo hice», confesó Anne, que hablaba desde la silla de su escritorio, ante la Underwood. «Para relatar aquel episodio necesito otra copa. Espérame ahí.» Dejó el teléfono sobre la mesa y se dirigió a la cocina. Preparó un vodka de urgencia. Cuando al fin estuvo en condiciones de hablar, le explicó cómo ella y Sylvia se hacían confidencias sobre sus intentos de suicidio durante las clases de Lowell. «Un día, no sé quién de las dos lo propuso. Matarnos a la vez, quiero decir.»

La propuesta quedó en la expresión de una idea, nada más. Pasaron algunos meses. Las dos atravesaban un momento especialmente depresivo cuando volvió a surgir la idea. Quedaban por las tardes para beber y discutirlo. Sylvia le relataba cómo de vacía estaba su vida, y Anne le daba detalles de la desesperación que le causaba no poder comunicarse con las personas que la rodeaban; cuanto más próximas eran, más gruesos resultaban los muros a través de los que tenía que hablarles. «Nos pusimos de acuerdo en tendernos sobre las vías del tren. La muerte sería simultánea, inmediata, incluso hermosa. A las dos nos admiraba la fuerza que transmitía la locomotora y el poder metafórico de las vías.»

Aquel viernes, al día siguiente de la foto, Anne y Sylvia se subieron a un autobús en dirección a Springfield. Habían planificado a conciencia el fin de semana, aunque, como en todo lo que se planea en detalle, se reservaba un papel coprotagonista para la improvisación. En una medida muy exacta, alquimista, la muerte necesita brotar de un ejercicio de naturalidad. Springfield no era su destino final, pero antes de recalar en Milton, donde tenían previsto morir, ambas quisieron cumplir un sueño de juventud visitando la localidad de Amherst, donde Emily Dickinson se había consagrado secretamente a la poesía durante décadas. «Deseábamos conocer la habitación en la

que, recluida gran parte de su vida, había escrito toda su obra. ¿Sabías que en sus últimos quince años nadie en Amherst consiguió verla fuera de su casa?» Poco después de su muerte, su hermana Vinnie, en una de esas maniobras de limpieza general que muy de vez en cuando se emprende en una casa, descubrió ocultos en su habitación cuarenta volúmenes encuadernados a mano, en los que había más de ochocientos poemas nunca publicados ni vistos por nadie.

«De Springfield a Amherst llegamos haciendo autoestop, una parte del trayecto con un matrimonio que había conocido a Zelda y Scott Fitzgerald en una fiesta en Nueva York, y la otra con un camionero que transportaba animales vivos, y que nos propuso un menage à trois campestre.» Alcanzaron la patria de Dickinson casi de noche, y solo consiguieron una habitación de mala muerte en una pensión absolutamente deprimente. La viuda que la regentaba, y que aseguró ser la última persona que vio a Emily pasear por Amherst de la mano de su hermana antes de confinarse en la mansión familiar para siempre, consintió en cederles un dormitorio lleno de cajas. El sábado por la mañana visitaron la tumba de Dickinson, donde recitaron algunos poemas y dejaron escrito al menos otro, pero no encontraron a nadie en la casa que les permitiese ver la habitación.

Alcanzaron Milton, al sur de Boston, a última hora de la tarde. Aquella no fue una elección casual. Anne conocía bien la zona, y sabía que, en el entorno de Milton, el tren que hacía el trayecto Nueva York-Boston atravesaba numerosos tramos de túneles. «El túnel era un punto ideal, la ratonera perfecta, el maquinista no tendría tiempo de reacción, y para cuando quisiese accionar el sistema de frenado, el convoy ya nos habría descuartizado», dijo con su habitual desenfado.

«¿Llegasteis a tumbaros en las vías?», preguntó Maxine, apasionada por el detalle, mientras Anne aprovechaba para encender otro cigarrillo. «Sí, pero no pasó ningún tren.» Habían estado toda la tarde y la noche bebiendo. Sylvia quería dejar una nota de suicidio, mientras que Anne creía que lo mejor sería no despejar ni una sola duda. Cuanto más tardasen en encontrarlas e identificarlas, mucho mejor. No llegaron a escribirla, de la misma forma que no llegaron a suicidarse. «Pero tres años más tarde, Sylvia se adelantó y me robó la muerte», lamentó Anne, hablando y fumando al mismo tiempo.

Uno de los trenes que completaba el trayecto de Nueva York a

Boston había descarrilado el sábado por la mañana, y la línea estaría cortada durante dos jornadas. Eso lo supieron al día siguiente, tras ver en la portada del Boston Globe la locomotora descarriada. Pese a todo, ellas habían caminado desde el último bar hasta uno de los túneles. Cansadas de esperar en vano el paso de un tren, regresaron tambaleándose al motel verdaderamente borrachas, y allí «dormimos la mona durante todo el domingo, hasta que volvimos a Boston resacosas, dispuestas a no dar explicaciones de qué habíamos hecho ese fin de semana», aseguró Anne.

Hablaron durante media hora más. A Anne le gustaba quedarse a oscuras y fumar, y cuando se despidió de Maxine y colgó el teléfono, permaneció en su asiento con el despacho completamente a oscuras, escuchando los ruidos de su organismo, lleno de vodka. En ese momento, dejó de entender qué hacía allí, en un lugar vulgar del mundo. Se quedó sin suelo. No sabía definir en qué consistía estar viva, ni conseguía rescatar de su pasado algo de lo que mereciese la pena acordarse. Todo tenía un pasado, menos ella. Incluso el cero, aunque representase una posición vacía, tenía una historia que rastrear. Se miró las piernas y le parecieron feas. Se fijó en sus pies descalzos, y los encontró rudos. Los zapatos, al lado, reflejaron un gusto decadente. Reparó en el sabor a tabaco de su boca, y se definió como una mujer sucia y vulgar que había pospuesto la hora del vacío con la poesía, pero que a la vez, con la poesía, se había desalojado por dentro hasta quedar reducida a paredes y pintura en las paredes. Todo iba bien y de pronto fue muy mal. Fue en un instante que no coge en un segundo, en el tiempo que se mete y se saca aire de los pulmones, en el intervalo en el que se pestañea, en el instante que se traga saliva, justo en el que tardan en ocurrir estas cosas, todo pasó de ir bien a ir mal. Fatal. Asqueada, Anne se levantó y se dirigió al garaje con sus pies descalzos y con su vaso vacío en una mano.

Sant Cugat

Cuando abrió los ojos, Manuel Teixidó, el propietario del taller de bicicletas, trataba de incorporarlo agarrándolo de un brazo. «Gabriel, tienes que dejar de beber», le rogó en un tono misericordioso cuando consiguió levantarlo. Frente a aquella figura desgarbada y tambaleante, el mecánico vio en su verdadera dimensión los destrozos que el alcohol había hecho en el hombre de gafas oscuras, americana de cheviot, dedos amarillos, cabello blanco, ojos azules, incapaz de pronunciar las erres que tanto se había hecho querer por la gente de Sant Cugat. «¿Ya vas a abrir?», preguntó el poeta, que se mantuvo en pie por su propia cuenta, en un precario equilibrio. «Hoy no se trabaja. Es el día de Montserrat. ¿Cuánto tiempo llevas aquí tirado?» Gabriel se encogió de hombros. Consultó el reloj. No debía de llevar mucho, pensó, porque todavía eran las cinco y media de la mañana. Calculó que habría dormido una hora, dos a lo sumo, sobre las bicicletas.

Manuel abrió el taller, estudiando el perímetro, como si temiese la presencia de extraños, e hizo pasar a su vecino. Le ofreció asiento y le preguntó por Marta. «¿Cómo es que has acabado aquí, encima de las bicicletas?» Gabriel le explicó que Marta se había ido el día anterior a pasar la jornada festiva con su madre, «la señora Montserrat», y a continuación —a la vista de tanta bicicleta— comenzó a hablarle con ese ritmo arrodillado que emplean los borrachos de los años de la guerra, durante los que él y sus amigos se dedicaban precisamente a robar bicicletas. «Yo fui un gran ciclista —alardeó—, aunque solo por las noches.» En bicicleta, se acercaban él y sus amigos de Reus hasta la fábrica de coñac que tenía el padre de uno de ellos. «Ya puedes imaginar que la fábrica era una porquería, como todas las que había en Reus. La elaboración del coñac consistía en hacer pasar agua por una conducción, alcohol por otra, y de vez en cuando verter un vaso de esencia de coñac. Eso era todo. Aun así, lo robábamos, y ese matarratas se lo cambiábamos por tabaco a las Brigadas Internacionales. Oye, Manuel, ¿no tendrás algo para beber en el taller?», preguntó en mitad de su relato. Manuel negó con la cabeza, sin pronunciar palabra, casi celebrando una antigua decepción.

«En aquella época —continuó resignado el poeta—, el tabaco era la moneda más consistente. Lo compraba todo. Lo mismo chorizos que mujeres.» Después de la guerra, cuando Gabriel regresó de Burdeos, supo por el dueño del bar Bol de Oro —que para entonces había pasado a llamarse bar España— que «uno de los clientes de las Brigadas Internacionales con los que hacíamos negocios a cuenta del coñac era el famoso coronel Tito».

Aquella historia no conmovió a Teixidó, que lo invitó a levantarse y regresar a casa para «dormir la mona». Pero el poeta era feliz en compañía de personas como Teixidó, que desempeñaban un oficio, completamente alejadas de «esa estupidez», como él la llamaba, que se denominaba intelectualidad y que tenía ante la vida reacciones secundarias, interferidas por su ideología. La gente llana poseía, en cambio, reacciones primarias, sanas. Gabriel le dio las gracias por haberlo escuchado y luego enfiló el camino a casa.

Cuando consiguió introducir la llave en la cerradura y empujó la puerta, advirtió un vacío absoluto, cósmico. Todo estaba en su lugar, tal y como lo había dejado, pero en el fondo no había nada. Allí estaban sus libros, apenas los doscientos que formaban su biblioteca íntima, algunas fotos enmarcadas, los papeles que había tenido tiempo de esparcir después de que Marta, garantía del orden en la casa, se hubiese ido, y allí estaban también la botella y el vaso en el que se había servido un gin-tonic antes de salir hacia El Mesón. Gabriel, en consonancia con lo que lo rodeaba, se sintió desvalijado. No tenía nada.

Aquella escena, bajo la perspectiva de la puerta empujada, se le presentaba a veces en sueños. En la última ocasión —hace solo unos días— se vio a sí mismo al final de una de las clases de lingüística. Después de tratar con una alumna la nota de un examen, regresaba a su despacho, una exigua habitación a la que se llegaba tras completar un largo pasillo en el que nunca se cruzaba con nadie. Gabriel abría la puerta y sobre su mesa descubría un solitario libro, sin título ni autor en la cubierta, de color rojo y manoseado. Tomaba asiento y se llevaba un dedo a la mejilla, pensativo. Estaba confuso no tanto por la presencia misteriosa del libro como por el hecho de que mientras él había estado impartiendo clases alguien se había deslizado a escondidas en su despacho para dejar el volumen sobre la mesa. Eso es lo que lo angustiaba en el sueño, la presencia de alguien desconocido.

¿Por qué habían dejado aquel libro allí, y qué tenía de particular el libro, además de carecer de título y de autor? Una hora después, durante la que preparó la clase del día siguiente, el poeta recogía el libro —que aún no se había atrevido a abrir— y abandonaba la facultad. Caminaba durante medio kilómetro, hasta la parada de autobús. Tomaba el número 14. Al fin relajado, estudiaba con detenimiento y curiosidad el volumen. Solo en ese momento advertía que una de las páginas, hacia el final, estaba doblada. Lo abría justo por ahí. Había una flecha trazada con un bolígrafo negro, que indicaba el comienzo de un párrafo. Leía: «Después de tratar con una alumna la nota de un examen, regresó a su despacho, una exigua habitación a la que se llegaba tras completar un largo pasillo en el que nunca se cruzaba con nadie. Gabriel abrió la puerta y sobre su mesa descubrió un solitario libro, sin título ni autor en la cubierta, de color rojo y manoseado». Se asustó, lógicamente. Pero continuó leyendo unas líneas más adelante: «Caminó durante medio kilómetro, hasta la parada de autobús». Le temblaron las manos y tuvo miedo. Pasó dos páginas y supo que cuando llegase a casa, y empujase la puerta, todo estaría «revuelto y a punto de acabar». En ese momento, Gabriel se despertaba y aún seguía vivo.

Llenó el vaso que había en la mesa con ginebra y lo bebió de un trago. Había alcanzado el límite, el muro, todo comenzaba a resquebrajarse. Lo llenó una segunda vez y de nuevo le asestó un trago largo y definitivo. Luego acudió a su habitación, y en la mesilla de Marta, en el primer cajón, encontró una caja de tranquilizantes. Extrajo tres pastillas, que dejó respirar unos segundos sobre la palma de la mano antes de ingerirlas de un golpe. Lo hizo con un movimiento automático, echando hacia atrás la cabeza. Se desprendió de la gabardina y la abandonó sobre la cama. En el respaldo de una silla del salón colgó su americana. La soledad volvió a hablarle, pero lo interpretó como la ineluctable antesala del fin. Hacía tiempo que sabía que al cielo o al infierno se va solo. En ese vacío que lo rodeaba como un ejército ante el que no cabe más que rendirse, aún tuvo tres recordatorios. Recordó a Jaime Salinas, y cómo guardó silencio en 1957, aceptando que este momento llegaría, y sería inevitable que Gabriel cumpliese su augurio. Recordó que dejaba una deuda de treinta y nueve mil pesetas en la librería Herder, que con el tiempo Marta —conociéndola— saldaría íntegramente, aunque a plazos. Recordó que a él no le ocurriría como a Raymond Chandler, que se quiso suicidar pero falló el tiro, y aunque nunca más lo intentó, tuvo

que aguantar que sus amigos lo fastidiasen diciéndole que escribía buenas novelas de crímenes, pero que no sabía suicidarse bien. Todo lo que ocurrió después resultó mecánico, como si en realidad ocurriese en tiempo pasado. Fue a la cocina, abrió un cajón, sacó una bolsa de la basura, regresó al salón, se sentó en el sofá, se quitó las gafas oscuras, cubrió su cabeza con la bolsa, la apretó por el cuello, esperó. Por ahora no digamos nada: / no alarmemos a nadie / mostrando la herida / sangrante y purulenta. / Démosle tiempo y olvido. / Callemos hasta que nadie / ni yo mismo, / lo pueda / confundir aún conmigo.